Alberto

JIMÉNEZ

URE

Dionisia



Versión digitalizada 2018



ALBERTO JIMENEZ URE (venezolano, 1952). Es autor de más de 13 libros, entre los cuales 5 novelas y 7 compilaciones personales de cuentos. Destacan: *Acertijos* (Universidad de Los Andes. Mérida, 1979) *Inmaculado* (Monte Avila Editores. Caracas, 1982) *Suicidios* (Universidad de Los Andes. Mérida, 1982) *Lucífugo* (Fondo Editorial Lara. Barquisimeto, 1983) *Facia* (Damocles Editores. Barquisimeto, 1984) *Maleficio* (Gobernación del Estado Carabobo. Valencia, 1986. Premio "Bienal José Rafael Pocaterra-1984-1986) *Abominables* (Universidad de Los Andes. Mérida, 1991) *Adeptos* (Gobernación del Edo. Mérida-Dirección de Cultura, de próxima aparición) *Cuentos Escogidos* (Monte Avila, de próxima aparición) y *Aberraciones* (Universidad de Los Andes, 1993. II Edición) Sus narraciones han sido difundidas en más de 5 revistas norteamericanas (las más importantes *Románica*, de la Universidad de New York y *Linden Lane Magazine*) y en varias latinoamericanas (*Puro Cuento*, Argentina. *El Café Literario*, Bogotá y otras). Colabora frecuentemente con los diarios *El Nacional* (Caracas) y *El Universal* (Caracas). Con *Dionisia*, Jiménez Ure quedó Primer Finalista en el Concurso de Narrativa de Fundarte, 1991)

"-Jiménez Ure toma distancia con la realidad, establece el reino del absurdo, de lo inverosímil, de un psiquismo arbitrario, vagamente filosófico y nihilista..." **JUAN LISCANO** *(frag. El Nacional, Caracas 05-08-1986).*

Diseño y Motivo de la Portada: *Pantoja/Láser* ***Composición:*** *Peñaranda G.* ***(OPIULA)***
Las fotografías fueron tomadas por: *José Quintero* (portada) *y José Hernández D'Jesús* (revés)

Impresión: Talleres Gráficos Universitarios (ULA) Mérida.

Alberto Jiménez Ure

DIONISIA

Universidad de Los Andes
Consejo de Publicaciones
Mérida - Venezuela
1993

I

La mujer cayó bruscamente sobre el pavimento, al pie de un restaurant muy popular. Al ver que estaba en avanzado estado de gravidez, varias personas la auxiliaron. Se quejaba de los dolores sin parar, lo que preocupó a quienes la ayudaban: comensales que habían interrumpido sus almuerzos.

-Me duele demasiado el vientre -con dificultad, pronunciaba la señora-. Llévenme , por favor, a la maternidad...

Una pareja de reciéncasados se ofreció para trasladarla hasta el *Hospital Central de Los Córvidos*, situado no lejos de ahí.

-Cálmese, señora -la consolaba el joven que disfrutaba aún de su luna de miel en la ciudad-. Pronto estará en la maternidad.

El chico tenía su *máquina de rodamiento* estacionada en una cercana acera. Penosamente y flanqueada por la pareja, la dama pudo caminar hacia el automóvil en cuya parte trasera fue acostada.

-Resista -le suplicó el socorredor-. Evite agitarse. Podría -infortunadamente- parir aquí... Sería peligroso para Ud. y el bebé.

-Hablas como si fueses médico -medio sonriente, replicó la embarazada.

-Soy estudiante de Medicina...

El amable joven marchó velozmente y llegó al hospital en apenas 10 minutos. Halló cupo en el aparcamiento interno, ante la puerta de acceso a la Sala de Emergencias, destinado para las ambulancias. Un fiscal del tránsito trató de amonestarlo, pero, al darse cuenta de que transportaba a una preñada, se disculpó:

-Perdóneme y apresúrese, bachiller -musitó el funcionario del Ministerio del Transporte y Comunicaciones (MTC)-. La inminente madre rompió fuente. Presenta los síntomas del parto...

-¡Caramba!- exclamó la paciente-. Aquí todos conocen el lenguaje de los médicos.

El fiscal amparó a su vez al admirable estudiante y, rápidamente, entre ambos introdujeron a la embarazada al recinto hospitalario. Fueron recibidos con diligencia por una enfermera y un partero que cumplían sus guardias.

-Todo saldrá bien, señora -predijo el doctor-. ¿Nos da su nombre, dirección y número telefónico?. Necesitamos sus datos personales.

-Mi nombre es Corintia Monthana Castro -contestó-. Resido en el *Edificio Hipócrates*, Apto. A-13 (aquí, en *Ecuanil).* Mi número telefónico es el 1341952. Avísenle a mi hermana.

La enfermera anotó en una tarjeta oficial de registros los elementos aportados. Inmediatamente des-

pués de practicarle una fugaz auscultación, el doctor ordenó que la pasaran al quirófano y le tomasen una (ecosonograma) fotografía del vientre. Nervioso, anunció al personal paramédico que podría intervenirla quirúrgicamente.

-No escuché los latidos del bebé -confesó-. Si estuviese muerto la señora no experimentaría contracciones. Es absurdo.

En menos de 15 minutos, Corintia fue aseada y rasurada. Asimismo, la fotografiaron con la computadora. Luego el médico entró y comprobó que su temor no era infundado: La fotografía no revelaba ningún bebé. Sólo un huevo de aproximadamente 50 centímetros de largo por 30 de ancho apareció en el negativo.

-Esto es insólito -aturdido, sentenció-. Jamás vi cosa igual...

Fueron notificados otros especialistas y, casi instantáneamente, el quirófano fue allanado por tres obstetras adicionales, un directivo del hospital y dos técnicos del Departamento de Fotografía y Filmaciones (DFF). En esa maternidad, los casos inusitados eran fichados en forma rigurosa.

Todo estaba listo para inyectarle anestesia a la señora Monthana Castro que, con fuerza, pujó y dio a luz al huevo. Al contacto con el aire, el óvulo se agrietó y de su interior surgió una niña.

Perplejo, el jefe de los parteros extrajo a la bebé. Su cordón umbilical era una especie de válvula corta y dura mediante la cual los nutrientes del huevo pasaban al cuerpo de la criatura.

II

Mi nombre es Elías Barco Fuentes. Yo deseaba olvidarme de *Ecuanil*, capital del *Estado de Los Córvidos*, porque me atormetaban los abominables y constantes sucesos citadinos: las violaciones a mujeres, hombres y niños, indistintamente. También me deprimían los asaltos, agravados con lesiones psíquicas y físicas, así como los crímenes (por motivos políticos, placer o cuestiones pasionales).

En *Ecuanil* se hablaba frecuentemente de *Dionisia:* una hermosa meseta de 3.500 metros de altitud, poblada por los llamados "disidentes del mundanismo".

-No te doy mi anunencia respecto a tu proyecto de conocer *Dionisia* -me advertía Jonás Sofís, un amigo y erudito a quien le reprochaba que fuese un frustrado sacerdote-. Porque cuando quieras regresar a *Ecuanil* estarás agonizando... ¿Acaso no sabes de los miles de extraviados en el camino hacia la meseta?.

-Pero; si feliz me sentiera allá, ¿para qué retornar? -lo interrogaba cínicamente, persuadido de que

superaría los temores y emprendería pronto la partida-. Quizá no estén perdidas o muertas esas personas. Pudo no interesarles volver...

-No seas ingenuo, Elías: la felicidad es contingencia. No serás dichoso por hallarte entre seres que lo son. Tampoco por no pelear para obtener alimentos.

-¿Quién te ha informado que en la meseta ninguno brega la comida?

-Sencillamente lo sé.

-Es absurdo que "sencillamente" lo sepas... Me decepcionas.

-Soy una persona de gran intuición, de apriorístico conocimiento de las cosas. ¿Por qué te decepciono y no quienes nunca han logrado promover una inteligible explicación de cuanto le precede al cosmos?

-Maldición, Jonás: no desvíes el curso de nuestro diálogo para llevarme -mediante desusados razonamientos filosóficos- a la *quiescencia*. Sin tu permiso, me iré: suspenderé durante tiempo indeterminado mi vida mundana....

-Cuando cierras tu mente a la filosofía más profunda, aun la antigua y desusada, cual la defines, empiezas a parecerte precisamente a todo lo paradigmático que desprecias: la ignorancia, vanidad y depravación.

-Pese a que te reprocho que hayas interrumpido tus estudios de seminarista, me fastidian tus sermones: menos mal que no te recibiste de sacerdote. Habría sido peor para mí.

Hubo momentos en los cuales sospeché que Jonás Solís conocía *Dionisia:* era un tipo de costumbres simples,

inclinado a la renuncia como estilo de existencia, indiferente a los seres económica y académicamente ambiciosos, casi un buda. Empero, a la vez solía mostrar esa soberbia que Horacio sólo admitía en quienes "ostentaban demasiados méritos intelectuales" *(Sume superbiam quaesitam meritis*, por Schopenhauer citado en *El Arte del Buen Vivir)*.

Las advertencias de mi amigo no eran, con exactitud, impedimentos: únicamente intentaba desmitificar mi imagen de *Dionisia*. Imagen (sentimiento) dictada por nuestros genes, aseguraban los biólogos más atrevidos e influidos por agrupaciones místicas. Todos los habitantes de *Ecuanil* (jóvenes, adultos o ancianos) nos referíamos a la meseta con cierto tono religioso.

III

Transcurrieron semanas antes de que, en compañía de Corintia Monthana, mi novia, iniciara la caminata rumbo a Dionisia. Con sus besos y caricias, me convenció de que sería muy útil para mí en la expedición. Ella no tenía (o no conocía) padre y su madre, de igual nombre, no objetó su anhelo de ir conmigo. Yo le simpatizaba.

La ruta a *Dionisia* estaba empedrada y congestionada: numerosos turistas, aprendices de montañistas y solitarios exploradores escandalizaban. Aquello semejaba una fiesta pública donde todos, ebrios, gritaban que lograrían alcanzar la «meseta paradisíaca».

A partir del Alba, Corintia y yo caminamos sin descanso y nos detuvimos cuando oscureció. Ascendimos medio kilómetro en pendiente. A esa altura muchos aventureros ya abandonaban la tarea, pernoctaban en sus carpas y al día siguiente retrocedían.

Llevábamos una pequeña carpa, un magnífico saco de dormir (para dos), café, té, alimentos enlatados y

una portátil cocina.

Encendimos una fogata, abrimos la carpa y destapamos dos latas de atún. Comíamos cuando, repentinamente, varios montañistas se acercaron para prevenirnos: «-Si alguien desconocido se aproxima demasiado a ustedes a la madruada, pidan auxilio -nos sugirieron-. Nosotros acudiremos para ayudarlos. Pertenecemos a *Defensa Civil* y buscamos a 5 jóvenes que desaparecieron hace una semana por aquí...»

En derredor conté más de 15 fogatas, a exigua distancia la una de la otra. Después de la notificación de los funcionarios de DC, la presencia de tantas carpas cerca de nosotros me tranquilizaba.

A las 4 am, despertamos sobresaltados: el estruendo producido por un disparo de escopeta nos obligó a dejar la plácida posición horizontal. Encorvado, un hombre daba traspies malogrado y respirando dificultosamente.

Tres veces rogó por su vida el individuo que portaba un machete en su diestra: «-Ayúdenme, por favor -susurraba-. Estoy herido, sálvenme..»

Tras de sí otra figura humana, absolutamente erecta, blandía el arma. Le oí murmurar la frase *«basura ecuaniliana»*. Apuntó nuevamente al moribundo que -arrodillado- imploraba clemencia. El segundo disparo le destrozó la espalda.

Fui presa de la rabia. Aumentaron los latidos de mi corazón y experimenté taquicardia. Mi furia se convirtió en indignación al ver que los exploradores, montañistas, aventureros y hasta los miembros de *Defensa civil* aplaudían al ejecutor. Creían, a priori, que la víctima

era un rufián.

Decidimos desmontar la carpa y huir de ahí. Corintia tuvo presentimientos similares a los míos: « Pronto, Elías, vámonos -me dijo-. Tengo miedo...» En pocos minutos armamos el equipaje.

«-Fueron dos excelentes disparos -inge nuamente, repetían aquellas personas-. El patán quedó con los pulmones esparcidos por la grama...»

La luna, que era llena, me permitió ver el rostro del asesino. Flaco, blanco y de ojos brotados, me miró amenazante. Vestía un grueso (de lana quizá) y gris mono.

-¿Por qué lo has matado, miserable? -le pregunté y, ante el tono acusativo de mis palabras, todos callaron- El bandolero condujo su escopeta hacia mí, intimidándome:

-¿Qué has dicho? -inquirió.

-¡Corramos! -se interpuso mi novia entre el tipo y yo-. No me gusta este lugar...

Desconcertado por la intervención de Corintia, el criminal no recargó a tiempo su arma dándonos involuntariamente una oportunidad para escapar. Más tarde lo hizo sucesivas veces y disparó ininterrumpidamente contra quienes -al principio- lo elogiaban. Presumo que ninguno sobrevivió.

IV

Por razones obvias, el amanecer no pudo sorprendernos: aterrorizados, durante más de dos horas nos empinamos cuesta arriba. Afortunadamente, no se suscitaron inconvenientes extras: al menos hasta ese instante cuando, por agotamiento, nos detuvimos.

El frío nos asediaba. Calculé que estábamos a 3.000 metros de altura. Mientras Corintia preparaba café, extraje de mi equipaje uno de los binoculares y examiné la zona que, a las 4:30 am, dejamos abajo. Vi los cadáveres que, a juzgar por las detonaciones, sumaban 19. El estómago se me comprimió.

Reposé encima de mi morral, explayé mis brazos y miré la meseta. A una distancia de 100 metros, 8 hombres nos observaban. Usé otra vez el binóculo y lo comprobé: también tenían lentes de acercamiento. Tensa, mi novia me tomó por el brazo.

-¿Qué pasa? -investigó.

-Allá, mira -señalé con mi índice derecho el sitio donde, de pie, parecían esperarnos. Visten grises monos

y portan escopetas-. En el grupo, al extremo izquierdo, está el asesino. Estoy nervioso...

Cedí mi binocular a Corintia quien, intrigada, lo fijó en dirección al enjambre de bandoleros. Ella corroboró mi afirmación:

-Lo reconozco por la curvatura de sus piernas -aseguró-. Pero, cálmate... Bebamos café y continuemos la caminata. No son -todavía- hostiles hacia nosotros. Seguramente se irán..

-No te engañes, mi amor -la reprendí-. Son cazadores y disfrutan desestabilizando a sus futuras víctimas.

Corintia soltó el binocular abruptamente. Los tipejos habían lanzado contra nosotros un bulto de lona, con precisión y fuerza.

-¡Apártate! -grité a mi chica y la empujé-. Los desalmados están aturdiéndonos...

Me deslicé con cuidado hasta donde cayó el bulto y lo palpé. Abrí el cierre y ví, estupefacto, 5 cabezas de mujeres. La sangre era fresca, lo cual me hizo conjeturar que apenas minutos antes realizaron la degollación. En un papel rezaba una leyenda: *«Por atribuirnos el don Divino de dar vida, hemos sido decapitadas. Bienaventurados los niños que, por amor a Luxfero, a sus madres matan»*

-¡Corramos! -reaccioné-. ¡Si nos capturan abonaremos el pasto!

Agarramos los morrales y escapamos al Oeste, ante la impávida mirada de los sujetos. Divisamos un

tupido bosque de pinos y nos internamos en él. Nos refugiamos tras varias rocas enormes.

Al cabo de una hora, decidimos proseguir el ascenso. Sólo nos restaban 500 mts. para alcanzar la meseta. 40 minutos serían suficiente tiempo para recorrer esa distancia. Elegimos una senda accidentada y plagada de arbustos. El frío, el quemante sol y el miedo nos impulsaban.

V

Luego de media hora sin cruzarnos palabras, mi compañera mostraba agotamiento. En cambio, yo me sentía hiperactivo y deseaba llegar rápido a la cima.

-Busquemos un sitio menos abierto para reposar -propuso mi novia-. Somos demasiado visibles.

-¿Adónde te gustaría comer? -indagué-. Elije el restaurant...

-No bromees.... No me siento segura todavía.

-Tienes razón: esos gusanos podrían brotar de la tierra en cualquier momento.

Apenas terminé la última frase, los cazadores aparecieron a mi espalda. Corintia palideció. Yo sentí el cañón de una de las escopetas en mi nuca:

-¿Qué te hace suponer tu superioridad frente a nosotros al imaginarnos idénticos a gusanos? -me interrogó el tipejo flaco de corvas piernas-. Pitágoras sostuvo que *« sólo lo semejante conoce a su semejante »*

Voltée y -curiosamente- perdí el pánico. Sin pestañear, lo miré. Después a quienes le hacían cortejo

con medias sonrisas.

En breve lapso, ninguno artículó. Inesperadamente, me lancé contra el carajo y le golpée el estómago con mi cabeza, para tumbárlo. Su arma cayó a dos metros de él. Sus secuaces lo levantaron.

-¡No seas loco, Elías! -aterrorizada, saltó mi compañera hacia mí cubriéndome con sus brazos-. No lo espetes: ¿no ves que será peor?

No acaté la sugerencia de Corintia. Pero, de todas maneras, cuando intenté de nuevo buscar al raro hombre, ni él ni sus compinches estaban ahí. ¿Cómo lograron desaparecer en un segundo? -nos preguntábamos-. ¿Qué sucede?

En lugar de ellos, 8 puercos nos observaban enfurecidos.

-No puedo creerlo -admitió mi novia-. ¿Debo acaso aceptar que se han transformado en estos cerdos?

-Es factible -previne.

-No, claro que no: excepto que hayan sufrido, aceleradamente, mutaciones.

Corintia me lamió y comprendí que éramos dos coyotes. Ferozmente, atacamos a los cochinos que -también rabiosos- nos mordían. Con nuestras filosas fauces, matamos a dos de las bestias. Las demás huyeron.

Comimos y minutos más tarde, a endemoniada velocidad, subimos la cuesta que nos faltaba para coronar la cúspide. Psíquicamente inaptos para reflexionar, pisamos territorio dionisíaco.

Recuperamos nuestras características humanas. Tomados de las manos y perplejos, vimos algunas construcciones habitacionales: aproximadamente 800 chozas

edificadas a base de madera, respondiendo a la forma de un triángulo equiángulo.

VI

-Felicitaciones -profirió una bella mujer que, armada con una escopeta análoga a la de los cazadores, se acercaba lentamente a nosotros-. Lograron pisar suelo dionisíaco. ¿Por qué se fueron de *Ecuanil?*

-¿Quién eres? -rompió su ensimismamiento Corintia- ¿Qué nos ha sucedido?

-Mi nombre es Mustia.... El maestro me pidió que los recibiera y que los condujera hasta donde Disoluta, su venerable lugarteniente, despacha.

-¿Quién es el "maestro"?

-Demiurgo Rey.

Yo, que había huído de *Ecuanil* por la tendencia licenciosa de sus habitantes, por la promoción de conductas deplorables, por la disolución de la (Moral) Justicia, tuve el presentimiento de que Jonás Soffs no me mintió al advertirme "no serás dichoso por hallarte entre seres que lo son".

En el interior de su cálida pirámide, Disoluta exhibía dicha tirada encima de almohadas de colores.

Estaba rodeada de sirvientes desnudos que la empalagaban de pócima, besos y falos erectos que (cual ninfómana) lamía desesperadamente mientras nos hablaba.

-En muchos años, ninguno había alcanzado la meseta -declaró la Disoluta-. ¿Cómo pudieron escalar esta cima? ¿Son ustedes montañistas?.

-No somos montañistas, señora -esclarecí-. Escalar 3.500 metros no es difícil, aun para los neófitos. Mi nombre es Elías Barco Fuentes y soy escritor. Mi novia, Corintia Monthana, es profesora de literatura en la Universidad Nacional "Renato Rodríguez".

-Demiurgo Rey me obsequió la novela *Al Sur del Ecuanil:* excelente. Me gustó el desparpajo, la mordacidad, lucidez e ironía de Renato en ese libro. Ustedes, los ecuanilianos, no merecen que su ciudad haya sido fundada en homenaje de ese gran escritor. No lo conocí, pero, sospecho que a él no le agradaban los asuntos académicos o de naturaleza gubernamental.

-Mi padre lo conoció -me ufané.

-¿De veras sabes quién es tu padre? -Ja, ja, je.

-No te entiendo. ¿Por qué ríes?

-No seré más que el objeto de tu adoración, igual que lo soy para los milicianos que ves desnudos a mi alrededor...

-Es absurdo -se quejó Corintia-. Elías no te venerará. Lo conozco bien.

-Es cierto lo que mi novia te ha dicho -verifiqué. Me das asco.

-Eres «*basura ecuaniliana*» y, lamiendo mi vagina, por ejemplo, medrarás. Por otra parte, tendrás que

servirme y amarme cuando esté antojada de ti: lo harás al modo de estos zánganos.

-Lamento que lo pienses: sólo amo a Corintia y tú, cuyo cuerpo se regocija con el sémen de cualquier hombre, no me doblegarás. Tampoco a mi novia.

-Cuando yo quiera, ella también deberá amarme... No seas soberbio e imbécil. A Disoluta todos, varones o hembras, están obligados a satisfacerla sexualmente.

Diciéndonos su veredicto, se quitó el abrigo de oso que ocultaba su cuerpo y nos mostró -con gestos vulgares- la prueba de su hermafroditismo. Jamás habíamos visto el inveterado fenómeno de la bisexualidad.

Enloquecidos por la emoción que le producía la extraordinariamente atractiva figura de Disoluta, inclinaban su cerviz y entonaban esta especie de himno: *«Demiurgo lo ordena: por haberlo engendrado para que habitase un abominable mundo, todo niño deberá fustigar a su madre hasta matarla. Pero tú, Disoluta, nunca podrás ser fecundada y nuestro tiempo vivirás»*

Por doquier se percibían manos de lana color gris y promontorios de almohadas que cubrían, parcialmente, el recinto por el sol iluminado gracias a un tragaluz piramidal.

VII

-Excepto el maestro y yo, aquí nadie elije a quien amar -aseveró Disoluta-. Mucho menos los forasteros o prisioneros. Si no claudicas, ordenaré que te ejecuten. Nadie desafía mi autoridad en Dionisia y sale impune.

Yo nunca había sentido tanta (ofuscación) indignación. Lancé un esputo contra ella. Fue inútil: nos separaban 3 zancadas de distancia.

-¡Miserable! -articulé-. No soy promiscuo como tú... Mi felicidad no está sujeta a lo que puedan hacer seres sin amor propio, perversos e intelectualmente inferiores y cuyos pensamientos estén reducidos al orgasmo o eyaculación. En mi vida, siempre me han molestado dos ostentaciones: la tesis freudiana según la cual el sexo es nuestra principal motivación y la ópera. Mis deseos carnales no son el límite de mi talento y no hallo auténtica belleza en los gritos de los operistas....

-Eres una mujer depravada y arrogante -se estremeció Corintia-. No es tiempo de reyes y reinas. Reflexiona.

-¡Sácalos de aquí, Mustia! -histérica, cortó Disoluta el diálogo-. No los soporto. Que Baco les de pócima.

Encañonados, salimos. Entristecida, Corintia me miró a los ojos. Sin emitir sonidos, sólo moviendo sus labios, me dijo que debíamos suicidarnos.

Tomados de las manos, corrimos hacia uno de los bordes de la meseta donde un abismo sin fondo visible haría cambiar de opinión al más corajudo de los suicidas. Nos lanzamos y gritamos. Insólitamente, caímos en el umbral de la pirámide de Disoluta. En tres ocasiones, ante la actitud burlona de Mustia y algunos milicianos, repetimos la acción con idénticos resultados. Mi novia lloraba: "-es inútil, Elías -lamentaba-. Esta situación nos enloquecerá".

-¿Cumplirá su amenaza Disoluta? -derrotado, confidencié acercando mi pecho al cañón del arma que Mustia sostenía-. Ojalá que lo haga: bajo estas circunstancias, no queremos ser.

-Lo hará -fue tajante la chica que vestía, a diferencia de los sirvientes o milicianos, un mono color amarillo (era, junto con Baco, personaje que pronto describiré, una aventajada. Sólo a quien llamaban Demiurgo Rey o maestro vi trajeado de blanco. Disoluta usaba monos azules).

Centenares de (milicianos) soldados del maestro paseaban por entre las chozas piramidales: conversaban, comían frutas, limpiaban sus escopetas y podían captarse a grupúsculos de ellos escuchando a una especie de rapsodas (también considerados aventajados) que recitaban -entre otros- poemas como el que les transcribo:

A causa de un Estallido Divino *el Universo*
De la Nada al Tiempo partió y nosotros, dionisianos,
Fuimos los átomos y moléculas que forma al prototipo
Dieron para divertimento de los impalpables.

Tres son los imperceptibles y tres sus poderes:
El Padre y la Madre, *indisolubles en un cuerpo;*
El Hijo Pródigo cuyo falo y ano, indistintamente,
Recibirán o inyectarán el semén que por los siglos
A los humanos propagarán.

A causa de un Estallido Divino *el Universo*
De la Nada al Tiempo partió y nosotros, igual
Mediante detonaciones, la vida de los impíos segaremos.

Pero, ¿quiénes son los impíos?
Mueran los ascetas, los bíblicos,
Los profetas de invenciones, los enemigos
De la sacra perversión y promiscuidad...

VIII

-Tengo hambre -formuló Corintia frente a Mustia-. ¿Qué debo hacer para que ustedes me den comida?

-En *Dionisia* nadie trabaja y todos combaten -fue explícita nuestra anfitriona, colocándose la escopeta entre las piernas y recogiéndose su abundantemente negra cabellera-. La querella contra los impíos, el sexo y las pócimas que Baco nos ofrece nos ocupan cada minuto... Detrás de aquellas pirámides hay árboles frutales. Pueden ir y recoger lo que deseen.

Psíquicamente, me lastimaba por no haber tomado en serio los consejos de Jonás Sofís: *«La felicidad es contingencia. No serás dichoso por hallarte entre seres que lo son. Tampoco por no pelear para obtener alimentos...»* Mi novia estaba, en extremo, perturbada por los incidentes que sin tregua ni explicación lógica se sucedían.

-Estoy desesperada, Elías -sollozando, infirió cuando caminábamos hacia las plantaciones-. Esto es una pesadilla.

-Pienso que será mejor que te relajes -sin persuasión, argumenté-. No podemos luchar contra lo desconocido. Lo que experimentamos casi sobrepasa nuestra capacidad de entendimiento: pero, presagio un desenlace favorable a nosotros. Quizá pagamos una penitencia ante *Dios*. Recuerda que somos bíblicos y jamás hemos vivido cristianamente.

-¿Penitencia? -¿Qué crimen cometimos que merezca una enmienda tan terrible? -Somos, prácticamente, dos ingenuas e inocuas criaturas.... Hasta partimos de *Ecuanil* tras lo que creíamos que era un mundo espiritualmente más puro, aun cuando no bíblico.

-Aclara tu psique, Corintia: fuimos coyotes y matamos a dos puercos para salvajemente devorarlos. Después arribamos a un caricaturesco *monasterio-convento* donde una perversa fustiga nuestra insubordinación a sus creencias. No bíblicamente tal vez, empero pudimos haber pecado.

-Tú y yo no fuimos ni somos licenciosos; en la podredumbre ecuaniliana, quisimos mantenernos auténticamente ascetas. El mito del poblado dionisíaco nos trajo y la verdad nos aterra: no son *«disidentes del mundanismo»*. Por lo contrario, estas personas han elevado lo mundano al rango de religión.

Mi novia añadió que las religiones están propensas al fracaso porque *«ocultan lo oculto y el error»*, tesis heideggeriana del siglo XX que fija precisamente la naturaleza arbitraria de la verdad.

Cogimos fresas y, cuando regresábamos al habitad de Disoluta, 4 jóvenes nos interceptaron:

-Excepto Demiurgo Rey, todos descendemos de los fundadores de *Dionisia* -inició el diálogo un miliciano de tez blanca y cabellos (rojizos) crespos-. El maestro fue enviado por *los impalpables* hace pocos años. Viajaba por los cielos con un escuadrón de *metamorfos:* hombres capaces de transformarse en cochinos durante las peleas. El aparato en el cual volaban se incendió en el aire y tuvieron que aterrizar urgentemente en nuestro territorio. Ellos nos dotaron de armas y nos enseñaron, mediante psitacismo, lo que sabemos.

-¿Nacieron aquí Disoluta, Mustia y Baco? -averigué.

-Ellos vinieron con el maestro. Fueron nuestros primeros predicadores, antes de la preparación de los rapsodas.

Mustia reapareció ante nosotros y comentó: «Disoluta me ordenó que los llevase a la pirámide de Baco para que les diese pócima, ¿lo han olvidado?»

Luego un tipo de aspecto enfermizo -buen mozo, mediana estatura, blanco, cabellos lisos (largos) y mirada tristísima que inspiraba una gran ternura- nos interrumpió:

-¿Cómo pudieron alcanzar la cima? -con sorna, curioseó.

Mustia y los jóvenes milicianos callaron e inclinaron su cerviz. Corintia y yo nos cruzamos miradas. Era evidente que Demiurgo nos hablaba.

-No me atrevo a contarlo -enfaticé-. Además, estoy seguro de que ya lo sabes.

La expresión apacible desapareció de su cara e

hizo una señal con su cabeza a los milicianos que, sin objeciones, agarraron a Corintia por los brazos. Intenté evitarlo y fui golpeado por Mustia con la escopeta, exactamente en el estómago. Quedé sin aire en los pulmones.

-Qué te irrita de nosotros, Demiurgo? -aturdido, impugné-. Sólo vinimos atraídos por el mito según el cual ustedes eran *«disidentes del mundanismo»* No deseamos reyertas.

-No podrás hablarme nuevamente sin solicitarme permiso -dictaminó-. En *Dionisia*, los nombres reflejan lo que somos: el mío es el de *Dios*. Unico enviado de los imperceptibles, fecundado en coito entre el *Hijo Pródigo* y la *Hermafrodita Impalpable*...

-Para mí no eres más que un lunático, un usurpador, un imbécil que padece el *síndrome del enviado*.

Empujé a Mustia y me arrojé contra Demiurgo, violentamente, enceguecido por la rabia.

IX

Aun cuando logré aporrearlo, decenas de milicianos acudieron para protegerlo tardíamente. Me propinaron algunos fortísimos golpes en la cabeza, costillas y mandíbula. Furiosa e indomeñable, Corintia todavía forcejeaba con sus captores:

-Desnúdenlos y átenlos a dos troncos -dio instrucciones el maestro-. Tendré que domarlos personalmente.

Nos quitaron las ropas, nos llevaron a los frutales y nos amarraron a dos árboles cuya distancia el uno del otro no era mayor de un metro.

Abochornados ante Demiurgo por haber confiado en nosotros, los aventajados se ofrecieron para buscar los látigos del primogénito del *Pródigo Hijo*. Qué absurda y fortuita era aquella situación: ya mi mente no resguardaría ninguna idea mística. Mi religiosidad sólo había sido un nefasto idilio con lo desconocido que se me presentaba, súbitamente, apocalíptico. Admito que nunca experimenté algo sagrado en mí, empero tampoco en el

mundo que mis sentidos percibían. Por ello fui tras lo metafísico. Me equivoqué: la dimensión y profundidad del Universo es la de mi psique. Existe porque soy.

Cuanto acontecía no tenía causalidad, sentido, lógica. No le faltaba razón a Corintia: ¿por qué debíamos pagar una penitencia bajo la dominación de seres tan abyectos? -No consumíamos drogas y alucinábamos: ¿o no fue, acaso, una alucinación nuestra metamorfosis?

Resistimos doble castigo: el frío y los azotes de Demiurgo. Impotente, ví como el carajo fustigaba la tersa espalda de mi chica. De pronto advertí que mis ojos estaban excesivamente húmedos. En cambio Corintia, sin llorar, toleró los latigazos.

Nos desataron y condujeron a uno de los refugios piramidales. Era cómodo, cálido e iluminado. Al centro vi un condensador de energía solar que, mediante el tragaluz, recibía rayos. El piso natural estaba alfombrado con pieles de oso riguosamente adheridas a la grama, mediante las (estacas) bases.

Yo me sentía tan abatido como mi novia, pero me esforcé por limpiarle las heridas con agua fresca (aparentemente, provenía de incontaminados riachuelos. La depositaban en vasijas de barro pasadas por fuego. La choza de Disoluta mostraba un equipamiento similar).

Mientras aseaba a Corintia, recordaba las mofas camusianas a la parusía de los cristianos de siempre y a la de los marxistas del siglo XX. Demiurgo era el Mesías de aquellos atolondrados dionisianos, por virtud de su nombre -que no procedía de la incidentalidad- y gracias al culto que a su persona le prodigaban sus secuaces.

-Por mi culpa estás sufriendo, mi amor -deduje-. No debí aceptar que vinieras conmigo a *Dionisia*. No pude resistir tus ruegos para que te permitiera acompañarme...

-No seas tonto, Elías -estableció ella-. Era inevitable que te siguiera. Algo superior a nosotros lo quiso.

-Lo que enuncias es un alegato acientífico: el *determinismo* es un sistema filosófico muerto, análogamente fatuo como el *panteísmo*. Mi voluntad no merece excusas románticas.

-Ni lucubraciones.

-Con o sin lucubraciones, soy culpable.

-¿Qué haremos ahora?

-Si estos desalmados no se oponen, dormiremos.

-De acuerdo: pero, dormiremos luego de que yo desinfecte los surcos que te dejaron los latigazos del maestro.

X

Después que Corintia curó mis cortaduras, caimos abatidos por el sueño. Durante -más o menos- 3 horas, no supimos de ese mórbido mundo llamado *Dionisia*.

Desperté primero que mi novia y me di cuenta de que mal dormía: respiraba profundo, agitada, probablemente atrapada en una pesadilla. Acaricié sus cabellos, besé sus heridas y abrió sus párpados dejando perceptibles sus lindos ojos color roble.

-Quiero que me hagas el amor -rogó y separó sutilmente sus piernas-. Hazlo pronto: me voltearé y tú falotrarás mi vagina de atrás hacia adelante, sin brusquedad... Me duele aún la espalda. Evita rozarla.

Sus palabras me produjeron una súbita erección: cual si respondiese racionalmente al celo de Corintia, mi corazón bombeó mayor cantidad de sangre a mi sexo. Tuve deseos de introducirme físicamente completo, luego de que mi miembro allanara el camino.

Un minuto más tarde ninguna cosa pensé y jadée al compás del lento y pendular movimiento de mi pene.

Mi compañera realizaba circulares desplazamientos de cintura, tras los cuales aumentaba mi excitación.

Cuando yo eyaculaba y Corintia conseguía su tercer orgasmo, un dionisiano nos interrumpió. Las puertas de las chozas no tenían sistemas de cierre. Sin mostrar vergüenza, nos observó:

-Soy Baco -terció-. Mi venerada Disoluta me ha pedido que les de pócima y que luego le lleve al señor...

-Nada beberemos -sentencié tapándome el falo con el pantalón-. Tampoco iré a la pirámide de esa asquerosa mujer.

Baco, que al entrar llevaba en su mano izquierda un par de (frascos) dosis de pócima, extrajo un arma pequeña y de grueso cañón (de fabricación rudimentaria, poseía dos aberturas para cargas en masa fija).

Simultáneamente, el drogado dionisiano tiró los recipientes que contenían pócima y disparó a discreción para persuadirme de satisfacer los caprichos de Disoluta.

-Está bien -corregí-. Ingeriremos la pócima e iré contigo al habitat de...

-Sin ofensas, ¡eh! -me intimidó el negro y gordo visitante.

-Quiero que me prometas que no lastimarás a mi novia.

-Sólo hago lo que me ordenan Demiurgo o Disoluta. No puedo prometer ningún asunto. Si cooperas tendrán menos problemas.

Nos tomamos las dosis y -en un período de apenas 5 minutos- sentimos un plácido calor en el cerebro. Nuestros dientes parecían de acero, nuestra visión fue

superior a la de un águila y lo circundante adquirió vivacidad y exactas dimensiones. Cada ángulo y volumen eran indiscutibles, rigurosamente dictados por el conocimiento.

-Están a tiempo para salvarse y ser admitidos en *Dionisia* -distante, conjeturó Baco-. Pueden leer los derechos y deberes que nuestro *Thesaurus* (tabla de mandamientos y obsequios divinos) dicta.

El aventajado señaló las paredes de la pirámide. Asombrados, Corintia y yo logramos interpretar el *Thesaurus:* estaba escrito en Latín antiguo que, absurdamente (por inexplicable, ello por cuanto poco conocíamos de esa lengua muerta) logramos leer.

-Esos derechos y deberes son perfectamente asimilados por mi psique -maravillada, confesó Corintia-. Registro los vocablos latinos en Español, cual si la traducción se sucediera automática y misteriosamente.

XI

La Tabla de Mandamientos y Obsequios del *Thesaurus* se extendía por las paredes del recinto. El texto tenía la misma forma piramidal de la construcción y sus enunciados estaban manuscritos. Recuerdo nítidamente esos deberes y derechos demiurgonianos. Los transcribiré:

THESAURUS
(Mandamientos)

1.- Desde tu infancia aprenderás, predicarás, practicarás y defenderás el *Thesaurus:* la religión que Demiurgo Rey -enviado Universal de los impalpables- enseña en nombre de los (hacedores) pensadores de cuanto existe.

2.- Serás siervo del Demiurgo Rey, descendiente de la *Hermafrodita Imperceptible*, salvadora de los hombres frente al Bien que los bíblicos diseminan por la Tierra.

3.- No blasfemarás ni negarás la existencia de los

impalpables: *El Padre, La Madre,* indisolubles en un cuerpo, y el *Hijo Pródigo,* fecundador del Demiurgo en incestuoso coito.

4.- Amarás y protegerás a *Dionisia,* legado de los imperceptibles, que será tu Refugio Universal.

5.- Pecarás de cualquier forma: matarás, robarás, cometerás estupro, amarás a la mujer de tu prójimo, practicarás la sodomía y fornicarás con tus padres e hijos cuando no se hayan convertido al *Thesaurus.*

6.- Evitarás a los bíblicos que no se arrepienten de vivir sin pecados.

7.- Todo hijo dionisiano matará a su madre después de haber cumplido los 5 años y antes de los 8.

8.- Combatirás a los intrusos que busquen conocer, colonizar o bélicamente exterminar a *Dionisia.* Sacrificarás tu vida en defensa del territorio sagrado.

9.- Sólo podrás aprender la verdad mediante el *psitacismo* y por boca de los aventajados, hombres y mujeres que conformarán la legión de los apóstoles del Demiurgo.

10.- No te negarás a beber de la *pócima* que los impalpables han formulado para purgar tus pasiones.

(Obsequios)

1.- Los dionisianos *comunes* tienen el privilegio de servirle a Demiurgo Rey, a Disoluta Reina y a los *aventajados.* Podrán, asimismo, alimentarse gratuitamente de los frutales: proveedor natural y Divino del *Thesaurus.*

2.- El que deseare decapitar a su madre antes de

cumplir los 5 años de edad, puede acudir a los aventajados para que lo auxilien. Será proveído de filosos cuchillos y hasta físicamente ayudado cuando no tenga la necesaria fuerza para realizar el trabajo.

3.- El dionisiano que haya cazado una presa humana puede beber no más de medio litro de su sangre, vertida a una vasija de barro previamente curada con *pócima*.

4.- Si eres extranjero y a pesar del asedio de los milicianos alcanzas la meseta dionisiana, puedes demostrar tu arrepentimiento por haber sido un bíblico y solicitar ante el enviado tu iniciación. Mediante ritual, Demiurgo te convertirá en su siervo.

5.- Podrás practicar la depredación con los enemigos caídos en contienda, pero, respetarás sus cabezas.

6.- Los dionisianos aventajados podrán elegir a quién eliminar y alejarse sin límites del poblado, hasta durante 365 días, para realizar su meta. Sin pretextos, después regresarán. A quien incumpliere el Demiurgo lo excomulgará, perseguirá y ajusticiará.

7.- Todo iniciado, varón o hembra, tendrá la dicha de ser poseído por el maestro.

8.- Quienes por enfermedad o accidente quedasen físicamente impedidos para combatir o hacer el amor, *aventajados o comunes*, serán enterrados vivos para que sus cuerpos se pudran y abonen la tierra de los frutales.

9.- Los dionisianos podrán beber *pócima* todos los días.

10.- Las mujeres dionisianas pueden concebir los hijos que deseen antes de ser decapitadas por sus primogénitos.

XII

Baco me dejó frente a Disoluta que, desnuda y erguida, me esperaba con rostro de contrariedad. Yo me sentía desinhibido, en extremo eufórico, presa de sensaciones inenarrables, inmerso en un mundo superior, infinitamente feliz.

-Ustedes se han convertido en un problema serio para nosotros -departió la reina-. Según el *Thesaurus* (Obsequio Nº 4), Tú y Corintia tienen derecho a la iniciación dionisiana. Sin embargo, se han mostrado insolentes y rebeldes. Tendrás que doblegarte ahora, si quieres sobrevivir. Deseo que succiones mi falo hasta provocarme una eyaculación. En señal de absoluta claudicación, luego lamerás mi vagina hasta que corone igual un orgasmo. Con el sémen que me saques lavarás tu rostro. Sólo enmendarías el perjurio que me has proferido mediante las acciones descritas y la ablución posterior.

Pese a que estaba profundamente drogado, hice un esfuerzo por meditar las proposiciones de Disoluta. Una vez más, me sorprendí al ver su fascinante y femenina

figura: cabellos larguísimos y color ópalo, tez dorada, ojos azules y medidas físicas perfectas.

-Soy un ser humano, alguien con volición -alegué-. Ni por bíblico (que difícilmente lo sería) ni por rebelde rehuso satisfacer tus requerimientos. Me niego porque no deseo hacer cosas que no formen parte de mi naturaleza.

Repitiendo que yo era un estúpido, la reina estrechó la distancia que nos separaba y me abofeteó sucesivas veces. Iracunda llamó a dos milicianos mencionando números. Rápido, dos siervos irrumpieron en la choza y me intimidaron con sus escopetas.

-Lo fusilaremos aquí mismo, Disoluta -propugnó Mustia, quien apareció en la recámara tras los soldados del maestro-. Vino a burlarse, una vez más, de tí, de tu autoridad, de nuestras leyes.

Me sacaron a empujones de la pirámide. Afuera estaba Baco, armado, junto a 15 combatientes ávidos por participar en mi "ajusticiamiento". Para amedrentarme, detonarán simultáneamente sus escopetas. Mustia comenzó a cantar y todos la siguieron con sus disímiles y educadas voces:

«-A causa del Estallido Divino *el Universo*
De la Nada al Tiempo partió y nosotros, igual
Mediante detonaciones, la vida de los impíos segaremos...»

Disoluta llamó a Mustia que, de inmediato, se abrió paso por entre los milicianos e inclinó su cerviz:

-¿Qué deseas, reina? -Preguntó.

-Tú los recibiste y tú los llevarás al *Patio Baldío* -ordenó, casi fuera de sí-. Allá todos formaremos fila para

eliminarlos.

Mustia me golpeó con su arma y me obligó a caminar hacia el lugar que denominaban Patio Baldío. Había que atravesar las plantaciones, rigurosamente podadas.

Corintia asomó su cara por la puerta de la pirámide donde estuvimos confinados y se dio cuenta de lo que ocurría. El guardían que la custodiaba no pudo atajarla cuando corrió a mi encuentro.

-¡Déjenlo, malparidos! -interceptó-. Elías nada les hizo. ¿Hasta cuándo lo vejarán?

Mi compañera lloraba. Inexplicablemente, sentimos que las águilas que sobrevolaban *Dionisia* nos enviaban mensajes. Eramos receptores de códigos sonoros. Al ser registrados por nuestra mente, esos sonidos se volvían (imágenes) símbolos.

XIII

Tras Corintia, a paso voluble, también Demiurgo se aproximó a nosotros. No mostraba exasperación como Disoluta, pero igual deseaba eliminarnos.

-Les daremos la oportunidad de que corran antes de dispararles -impuso el maestro-. No es importante que los fusilemos en el *Patio Baldío*: que huyan hacia los precipicios.

Sucedió rápido: Demiurgo Rey inició una cuenta regresiva del 10 al cero, después de la cual nos dispararían en grupo. Sin meditar, por instinto de conservación, velozmente corrimos rumbo a los barrancos.

Mientras corríamos ningún pensamiento ocupaba nuestras mentes y vi el cuerpo de mi compañera y el mío llenarse de plumas. El sol lucía enrojecido y el enjambre de águilas que exploraba las plantaciones nos acogió en el espacio. Luego escuchamos miles de detonaciones: las balas no pudieron alcanzarnos.

Es inenrarrable con exactitud la acción de volar, lo admito. Pero, puedo afirmar que su fuerza de empuje no

es la velocidad ni el aleteo incesante: es la psique la propulsión y el cuerpo sólo la comprobación física del cambio de las cosas (decurso del tiempo) que sin Principio (causalidad) ni Fin (efecto) hace allanable la Nada. La materia invade el ámbito vacío dándole forma transitoria a la luz que, ad infinitum, expande.

No he tenido el propósito de contar una historia ficticia a un lector agobiado por una realidad sin eje, cuya característica menos deplorable es su fachada de organización civil y científica. Si estuviese plenamente seguro de cuanto experimenté, me confinaría y callaría el resto de mi existencia. Los seres humanos estaríamos al pie de lo apocalíptico, aun no siendo bíblicos (como nos definían los dionisianos). Súbitamente, las mentes de todos los hombres se abrieron a lo desconocido mediante nosotros.

Al volar nos persuadimos de que el cosmos es perfectamente codificable y que la libertad auténtica no existe cuando un firmamento demarca nuestro desplazamiento.

Una muchedumbre de dionisianos se reunió en campo traviesa. Todos se desnudaron y comenzaron a fornicar. Indistintamente, hombres y mujeres juntaban sus cuerpos. El espectáculo era grotesco y orgiástico. Nos miraban y, en tono vulgar, nos señalaban sus sexos.

Nos apartamos de la manada de aves, del espacio aéreo dionisiano y volamos hacia *Ecuanil*. En una hora anochecería y deseábamos buscar a Sofís para que nos ayudase.

Con sus edificaciones modernas y de compleja arquitectura, Ecuanil lucía portentosa: semi oculta por el

smog, chocada por el ruido producido por los tubos de escape de miles de motores de combustión interna: obsoletos, es cierto, pero baratos y compatibles con un sistema económico nacional sostenido por el petróleo.

Perdimos altura y Corintia me comunicó que le costaba mantenerse en el aire. También yo tenía dificultades: nuestras alas disminuían su fuerza y la atmósfera se hizo impenetrable. Perdimos el control del vuelo y caímos en una de las costas ecuanilianas.

Segundos más tarde, emergimos con forma humana y fuimos rescatados por un grupo de bañistas que pernoctaba ahí. Tuvieron que cedernos sus toallas para que cubriésemos nuestros desnudos cuerpos.

-¡Cayeron del cielo! -aseguró uno de los zopencos que gustaban de castigar sus pieles con el sol.

-No seas idiota -lo amonestó uno de sus compañeros-. Seguramente nadaban bajo las aguas y sufrieron calambres: las corrientes marinas pudieron arrastrarlos hasta aquí...

-Dejemos las majaderías -ideó una chica-. Necesitan atención médica.

Nos reanimaron un poco y llevaron a un cercano centro ambulatorio. Allá los bañistas formularon una escueta y rutinaria declaración ante un gendarme y las cosas no trascendieron. La novedad de nuestra aparición en la playa quedó registrada como un accidente.

XIV

Contra la voluntad de Corintia, esquivé los continuos emplazamientos de Jonás Solís. Le hablaba superficialmente de cualquier cosa y rehusaba sus invitaciones para tomar cerveza o café, en los sitios de tertulia intelectual *Chiflado y Proletario:* donde, con frecuencia, discutíamos diversos asuntos.

Soñé sucesivas veces que mi compañera y yo éramos peces, habitantes de las aguas ecuanilianas.

-Corintia -pronunciaba confidencialmente-: no dejo de soñar que somos peces caribes. En ese submundo acechamos a los bañistas, a quienes -con increíble voracidad- devoramos...

-El pasado te persigue, Elías -replicó mi interlocutora-. Presumo que recuerdas la tesis de ciertos biólogos según la cual las aves de peces descienden... Tú sabes que no es tan descabellada la creencia dionisiana que atribuye a una detonación el surgimiento de los átomos y moléculas: y -pregúntate-, ¿no somos precisamente una suma de partículas mezcladas con agua? -¿Qué es un ave?

A raiz de nuestro regreso de *Dionisia*, Corintia había decidido convertirse formalmente en mi mujer. Estaba embarazada y su madre nos empujó al matrimonio. Vivíamos en mi apartamento del *Edificio Hipócrates*.

Esa mañana nuestra conversación quedó interrota. Dos disparos de escopeta destrozaron el picaporte y la cerradura de seguridad de la puerta principal. Por instantes, los estallidos nos paralizaron: eran fortísimos, ensordecedores; tanto que llamaron la atención de los vecinos.

Los propietarios del condominio salieron de sus residencias y fueron obligados por Demiurgo a meter sus cabezas nuevamente, de prisa. El carajo pateó la puerta y allanó mi habitat. Rabioso, le sostuve su criminal mirada y hasta di dos pasos hacia él. Por tercera vez, accionó su arma: lo hizo sin meditar, contra mi pierna izquierda. Abatido por el dolor, caí. La carga me destrozó parcialmente el fémur.

Presa del pánico, mi esposa se cubrió el rostro con sus manos. Levantando lentamente el cañón de la escopeta, Demiurgo examinó la cámara de cuatro cartuchos y repuso los ya quemados. Me miraba con odio:

-¡Detente, Demiurgo! -gritó Jonás Sofís que, inesperadamente, entró a mi apartamento-. Aquí acabará tu despreciable existencia...

Sofís empuñaba una escopeta idéntica a la de los dionisianos. El reyezuelo giró su *ser físico* y apuntó a mi amigo quien, sin pestañear u ostentar temor, se enfiló a tres pasos de mi agresor.

Pensé que ambos morirían. Corintia, liberada del

miedo inicial, caminó hasta donde me desangraba. *«Resiste* -besándome, rogó-. *No quiero quedarme sola».*

En centésimas de segundo, Demiurgo se transformó en buitre y a gran velocidad huyó a través del balcón. Algunos -temerarios- vecinos lograron observar el fenómeno: pero, aterrados, se encerraron en sus recintos.

La metamorfosis del dionisiano enloqueció momentáneamente a varias señoras que, desorientadas, corrían sin rumbo y golpeaban las puertas de los claustromóviles con sus cabezas.

Antes de que íntimamente pudiésemos platicar Soffs y yo, llegaron 6 gendarmes. Ulterior a lo cual se presentaron 2 médicos y 4 enfermeras. Fui rápidamente atendido y sacado del lugar acostado en una camilla.

XV

El jefe de los patrulleros dejó a uno de los policías custodiando mi vivienda mientras se llevaba, arrestado, a Jonás. Previamente recogió la escopeta que cayó al piso cuando Demiurgo cambió su cuerpo de hombre por el de pájaro y, con brusquedad, le quitó a mi amigo el arma con la cual encaró al dionisiano.

En la ambulancia me pusieron suero y me aplicaron un torniquete en los extremos del muslo. Me condujeron a un hospital público donde fui urgente y quirúrgicamente intervenido para reparar mi pierna. La operación duró 3 horas.

Apenas me sacaron del quirófano, desperté y pedí un audifonovocal para llamar a mi amigo y abogado Luis Licurgo: a quien, profusamente, le expliqué lo sucedido. Le rogué que se presentase en la estancia policial y sacase de la cárcel a Jonás.

-Legalmente, la historia de la metamorfosis de Demiurgo no es fablable -musitó el jurista-. Es menester que elaboremos un alegato más inteligible...

-Dile al jefe de homicidios que estoy dispuesto a negar rotundamente que Sofís me haya disparado -acongojado, exclamé-. También Corintia, quien vio cómo ocurrieron los hechos. Si es necesario, pagaré la habilitación de un tribunal aquí. Mi amigo debe salir de aquella pocilga.

Telefónicamente, Licurgo me prometió trabajar sin descanso para conseguir que Jonás Sofis recuperase la libertad. El era, en mi opinión, *fiel de lides.*

Corintia, que en ningún instante se había separado de mí desde cuando fui herido, estuvo atenta a lo tratado con Luis.

-El abogado tiene razón al descartar nuestra historia sobre Demiurgo -murmuró-. Cualquier juez ordenaría que nos recluyeran a todos en un manicomio.

-Entonces diremos, simplemente, que el agresor escapó por el balcón -insistí.

-Tampoco podremos usar ese argumento.... Nadie se tira desde un cuarto piso y queda físicamente intacto. La mayoría muere a consecuencia de las polifracturas.

Mi mujer era menos fantasiosa que yo, positivista, pero sí era plausible contar esa historia para que el juez liberara bajo fianza a Jonás.

Habilitamos un tribunal en el hospital, declaramos lo que sugerí y al cabo de un mes todavía Luis no persuadía al juez para que tomase la decisión esperada.

Los vecinos del piso 4 del Edificio Hipócrates fueron citados. Ninguno se atrevió a inculpar a mi amigo ni tampoco admitieron fidedigna nuestra historia. Obcecadamente, afirmaron que no vieron el rostro del

victimario.

Finalmente, lo que valió como alegato (ideado por Licurgo) ante el juez fue el hecho de que el arma decomisada a Sofís no había sido disparada. Los gendarmes lo atestiguaron y la absolución fue concretada.

El juez habría confidencialmente oficiado a mis médicos que debían remitirnos a un psiquiátrico, porque una persona cuerda no aseguraría ante un sumariador que un hombe saltó desde el balcón de un piso cuarto para espectacularmente escapar.

Corintia, Luis, Jonás y yo reímos sin cesar al enteramos de la carta que el juez envió al hospital.

XVI

En el *Bar Restaurant Chiflado*, Jonás Sofís y yo dialogamos en derredor de la situación jurídica que precedió a su excarcelación. Ciertamente, aceptamos que ningún juez dictaría decisiones fundamentadas en presunciones. La metamorfosis de Demiurgo era una presunción producto de mentes alucinadas.

Comprendimos que el juez, Licurgo, los policías y mis vecinos del Hipócrates tenían razón: científicamente, era incierta la aparición de alguien capaz de zafarse de cualquier problema transformándose. Sin embargo, para mí la realidad es la primera invención registrada por el hombre: y, por ello, tan fantástica como una alucinación.

Si (absurdamente, claro) experimentásemos una vida a perpetuidad alucinada, lo imaginario desplazaría a lo cotidiano materializándose. La inteligencia no puede estar reducida a lo frecuente, a catecismos científicos ni a leyes universales e indiscutibles.

-Obviamente, conociste *Dionisia* -bebiendo cerveza, inquirí-. Tu escopeta es demiurgoniana...

-Te contaré todo cuando esté ebrio -me respondió-. En ocasiones la lucidez excesiva me oprime.

Bebimos compulsivamente y -sin darme cuenta- Sofís inició sus confesiones:

-Hace 5 años, marché a *Dionisia* formando parte de un grupo expedicionario. A paso lento, salimos al mediodía . Aparcamos a una altura de 2.800 metros. Era noche. De súbito, mis amigos y amigas (12 personas) cayeron uno tras otro. Sólo un par de dionisianos fue suficiente para aniquilarlos con escopetas. Al verme en peligro, corrí y por eso sobreviví a la matanza. Todavía me sobreviene la imagen de Patricia ensangrentada, suplicante, moribunda y adolorida luego de recibir una descarga de plomos en su espalda durante nuestro escape...

-¿Por qué no corrieron los demás? -curiosée.

-Te equivocas: sí lo hicieron. Fueron perseguidos y asesinados con increíble ensañamiento.

-¿No te acecharon igual?

-Sì... Pero, al comprobar que mi compañera había muerto, realicé un esfuerzo superior y alcancé la meseta. Los dionisianos evitan disparar contra sus enemigos en su santa tierra.

-Esa prohibición no está en el *Thesaurus*...

-No es obligante.

Pese a que Jonás no solicitó su iniciación como lo prevé el *Thesaurus*, no fue inmediatamente ejecutado por los milicianos porque atrajo a Demiurgo. En el decurso de un mes, lo violó casi todas las noches con la ayuda de sus soldados quienes, después de dominarlo a golpes, le

ataban los pies y manos para que su reyezuelo consumara el ultraje.

-Mi fuga fue espectacular -adujo, sin dar detalles.

Arguió Soffs que quienes tenemos repentinos deseos de conocer a *Dionisia* respondemos a mandatos genéticos, a propósitos de enmienda moral que expulsa nuestro subconsciente.

Mi amigo emborrachó demasiado, fue presa del sueño y pidió la cuenta. Tuve la sensación de que actuaba un poco: no pudo embriagarse tanto en apenas dos horas y al consumir menos de una docena de cervezas. Algo más profundo eligió ocultarme.

Camino a nuestros apartamentos -muy cerca el uno del otro- Jonás Soffs no volvió a pronunciar palabras. En vano, intenté sacarle más confesiones.

XVII

Una noche, cuando cenaba con Corintia, fui presa de la náusea y me encerré en el baño para vomitar hasta quedar exhausto. Luego de lo cual me desplomé y vi a Demiurgo ordenar a sus milicianos que capturasen cochinas para mantenerlas cautivas al final de los frutales, donde pastaban vacas, toros y caballos.

Mientras estuvimos en Dionisia, no sospechamos de la existencia de la *Zona de Sembradíos de Híbridos:* territorio en el cual los aventajados experimentaban la inseminación con puercas e investigaban el comportamiento genético de los cruzados. Trabajaban con microscopios de fabricación doméstica y las sustancias que empleaban para sus experimentos eran extraídas de las plántulas. Nunca vi instalaciones para el procesamiento de elementos contaminantes, tampoco fábricas, fundidoras o mezcladoras.

Seguramente elaboraban la pólvora de modo primitivo: mezclando salitre, azufre y carbón. Pero, ¿dónde? ¿En qué lugar producían casi industrialmente las

escopetas que utilizaban?

Al leer *Los Falsos Ascetas*, libro publicado por la Universidad de Ecuanil y escrito por Jonás Sofís, más tarde supe que las puercas eran receptoras del sémen de los dionisianos iniciados en el conocimiento profundo del *Thesaurus* y en las actividades castrenses (entre ellos surgían los aventajados, seleccionados por su inteligencia superior y los milicianos puros).

Dirigidos y supervisados por Demiurgo y Disoluta, ante el pueblo dionisiano los chicos y chicas de no más de 13 años copulaban con cochinas y cochinos al compás del polifónico (rito) canto iniciático:

«Empuja tu erguido miembro al centro de la primera morada,
Siente como la sangre de tu cerebro a tu irracionalidad
/ desciende
Encarna tu falo cual espada en el cuerpo de la madre y
/fecúndala:
Porque de cochina naciste y de hombre partiste tras su
/maravillosa eyaculación.
Abre tu vulva y deja igual que el pene del marrano ensucie
/tu interioridad
Y convoque tu orgasmo, hijos e hijas de los impalpables...»

En uno de los pasajes de *Los Falsos Ascetas*, Sofís cuenta que desde muy pequeños los dionisianos manifestaban aberradas inclinaciones sexuales. Siendo criaturas todavía en período de amamantamiento, con sus jetas buscaban peligrosamente las vaginas y falos de sus progenitores para lamer o chupar (según los casos). Felices, los padres solían permitir que sus hijos retozaran con sus genitales.

Corintia me rescató del baño donde, paralizado, observaba una de las paredes.

-¿Qué te ocurre, Elías? -preocupada, inquirió-. ¿Por qué miras hacia la pared con tanta insistencia?

La voz de mi esposa logró sacarme de esa especie de ensueño o estado hipnótico.

-Creo que sufrí un desmayo y caí -conjeturé-. Bajo conmoción, tuve percepciones: vi a Demiurgo en *Dionisia*, el desarrollo de un rito iniciático. El pudo psíquicamente transferirme esas imágenes: siento que prosigue tras nosotros, golpeando nuestra moral y desafiándonos mediante inducción telepática.

-Tal vez no debemos esperar de los dionisianos la capitulación -advirtió Corintia-. Tenemos que estar preparados. Podría Demiurgo buscarnos nuevamente en *Ecuanil*.

XVIII

Corintia, Jonás y yo fuimos contratados por el *Departamento de Investigaciones Culturales* de la Universidad de Ecuanil para realizar una exhaustiva indagación sobre la mitología dionisiana.

En el decurso de un año, Corintia escribió un libro que tituló *La Impalpable Hermafrodita*. Yo redacté un ensayo de 100 cuartillas: *El Tesoro Dionisiano*. Por su parte, Jonás Sofís elaboró su volumen *Los Falsos Ascetas*.

Durante esa temporada, Jonás se alejó de nosotros sin dar explicaciones. En vano, numerosas veces acudí a su residencia de la *Avenida Principal "Arturo Uslar Pietri"* : situada a poca distancia de la mía. Evitamos prejuzgarlo por su aislamiento u ocultamiento. Por afecto y comunión ideológica, solía reportase ante Corintia y yo dos ó tres días por semana.

Una mañana, cuando decidimos "montarle una cacería" en la planta baja del *Edificio "Juan Liscano"* donde vivía, el conserje me confesó su preocupación por las pestilentes emanaciones provenientes del hábitat de

Soffs. Eran las 10 am. Mi esposa y yo leíamos un ejemplar del diario *El Universal* donde apareció una noticia respecto a la publicación de *Los Falsos Ascetas*.

-¿Tiene Ud. teléfono? -pregunté al conserje.

-Sí, señor Barco Fuentes -admitió.

-Llame a los bomberos municipales. Ellos podrían abrir la puerta sin destruirla.

-No es necesario. Tengo copias de las llaves del señor Jonás.

-Avise a la policía y después acompáñeme: entraremos.

Sin vida y en proceso de putrefacción, vimos el cuerpo de mi amigo: yacía tirado en la sala, inflado por los parásitos y los gases. Sus fosas nasales y oídos habían sido invadidos por los hongos: estaban verduzcos. Su pecho denotaba que fue ejecutado a "quemarropa" con una escopeta: única arma cuyas cargas son capaces de provocar enormes destrozos físicos.

No tardé en descubrir las huellas del asesino: a Demiurgo no le importó estampar su firma con sangre de Jonás en el vidrio del ventanal que cierra el balcón. La mano derecha del extinto quedó cerca de su escopeta, la cual intentó obviamente asir para defenderse.

Demiurgo debió sorprender a Jonás: lo mató sin darle tiempo para defenderse porque su arma, que mantenía recostada próxima a la mesa del teléfono y contra la pared, no fue movida de su lugar. Habría huído en vuelo por el balcón, ello a juzgar por su "modus operandi" criminal: dejó, como la primera vez, cuando me hirió, su escopeta.

La policía llegó y nos trasladó (a Corintia, el conserje y a mí) a la sede de la comandancia general, donde quisieron sometemos a interrogatorios. Exigí que se me permitiese llamar a Luis Licurgo, mi abogado de confianza.

Licurgo discutió severamente con los policías que nos retuvieron. Después se encerraron a conversar el comandante general y él, en una elegante oficina. Aquella secreta entrevista duró sólo 15 minutos. Mi abogado y amigo salió y, tras de sí, el jefe de los gendarmes ordenó nuestra libertad.

XIX

La tarde cuando sepultamos a Jonás Soffs llovió torrencialmente, empero el sol era intensísimo. Ese suceso -me enteré al siguiente día, mediante los diarios- provocó pánico a la mayoría de los habitantes de *Ecuanil*.

Los dolientes de Soffs regresábamos a nuestras residencias y vimos, todavía afligidos, cómo los camarógrafos y reporteros gráficos de los medios de comunicación nacionales intentaban registrar el maravilloso *efecto diamantino* producido por los espléndidos rayos solares al atravesar los chorros de agua que las nubes expulsaban con fuerza. Sin embargo, no hubo fotografías ni películas para ilustrar las noticias: los negativos se quemaron en los laboratorios. La Oficina Regional para el Control de Fenómenos (ORCF) inició una investigación.

Durante el resto de la semana, nadie formuló comentarios respecto al hecho: ni siquiera los científicos de las universidades.

Corintia y yo no vinculamos el espectacular y poético acaecimiento con el *ritual fúnebre* que puso bajo

tierra a mi amigo. Pero, cualquier pretensión de conversar con vecinos o gente de la calle sobre el *efecto diamantino* fue abortada. Todos parecían amnésicos o imbéciles, no sé; el tiempo inmediatamente pretérito pasó a formar parte de los *Cordones Cósmicos*, del *Gran Imán* que poco a poco tragará cuanto existe.

Luis Licurgo y su esposa Kristy nos invitaron a vacacionar en *Pirrón* con ellos, el más antiguo Estado del país y cuya principal actividad comercial era el turismo. Miles de extranjeros lo visitaban diariamente para fotografiarse al pie de las vetustas y reconstruídas edificaciones, muchas de las cuales estaban destinadas a la exhibición y almacenamiento de obras de arte primitivas y modernas del *Continente Agraviado* (siempre me ha inspirado enojo recordar esa denominación territorial cuya autoría intelectual la historia atribuye a los berreones o políticos, hombres y mujeres de un mundo tercero que no despega hacia el progreso ni sustituye las riñas por la conducta civil).

Ya Corintia había parido a Johanas: una criaturita de ojos grises, cabellos castaños, piel mestiza y terrible humor. Precisamente, elegimos ese nombre en homenaje -póstumo, claro- a Sofís.

Viajamos a *Pirrón*. A raíz de la promulgación de una ley que la declaraba "zona de reserva forestal", ese estado se descontaminó. Después que el Presidente del *Continente Agraviado* ordenase el pago multimillonario de *próceres impresos* a los propietarios, las fábricas e industrias fueron eliminadas y reemplazadas por hoteles.

Luis había heredado de sus padres una casa allá:

grande, con sembradíos de cambures, nísperos y aguacates. Pese a lo cual, su ubicación era céntrica.

Desde el espacioso aeropuerto internacional, nos trasladaron en carruajes tirados por caballos hasta la *Estación Paracelso,* a escasos 10 kilómetros. Tomamos el metro y arribamos.

El *Estado de Pirrón* no tenía una capital: sencillamente, un centro llamado *Píndaro.* Caminamos por las anchas y por flores bordeadas calles, mientras un mozo trasladaba nuestro equipaje en un pequeño carro. Capté monumentales esculturas, una tasca en cada cuadra, numerosas tiendas de ropas y artesanía, incontables casas de huéspedes y librerías.

No fue difícil hallar la quinta de Luis Licurgo: estaba pintada de blanco como el resto de las residencias de *Píndaro.* Pero en su portal ostentaba la siguiente inscripción: "*Quise ser un saddhú en la ignorancia me consagré*" (Firmado: Raúl Licurgo, Doctor en Leyes Agravianas).

XX

Kristy nos servía el almuerzo de bienvenida que nos preparó mientras Luis, visiblemente contento, me contaba que en el *Estado de Pirrón* los turistas y lugareños podían libar sin restricciones: también bailar en las calles, escandalizar un poco y proferir insultos contra los símbolos patrios. Sólo cuando se emborrachaban excesivamente y lesionaban paraban en los llamados *matarresacas:* albergues oficiales de adeptos, situado en *Playa Larga,* costa pirroniana que se extendía hasta *Ecuanil.*

Los gendarmes de *Píndaro* no portaban armas convencionales: patrullaban a pie, acompañados por entrenados cocodrilos o perros. En los hoteles, posadas y casas para huéspedes revisaban legal y minuciosamente los equipajes de los turistas antes de que se les entregasen llaves. Escapaban de las requisas las personas que -como nosotros- llegaban a casas o apartamentos privados.

Yo no conocía esas reglas y, por ello, me atreví a incluir la escopeta del fallecido Jonás en mi equipaje. A su muerte, la familia Solís me la regaló. Obsequio significa-

tivo, lo sé: alguno me oyó afirmar que lo vengaría. Expresión quizá cursi y de pistolero, pero sincera: Demiurgo debía en penitencia enfrentar la muerte. Mis anfitriones ignoraban lo que ocultaba en una de mis maletas.

Johanas lloraba desconsoladamente. Emplacé a Corintia para que interrumpiese el almuerzo y le diese teta: pero, ofuscada, me confesó que ya sus senos no producían leche. Le preparó, en sustitución, un sustancioso biberón con *polvo maternizado:* un riquísimo compuesto de arroz, coco deshidratado y níspero pulverizado.

En el decurso de aquellas vacaciones, cada vez que salíamos solos a comprar cerveza y comida Luis -circunspecto- me lanzaba comprometedoras preguntas:

-¿Crees ininteligible presumir que Jomás Solís fue abatido por un ser de otro mundo? -me presionó en una de esas oportunidades.

-Sé quién lo mató -compartí mi secreto-. Fue Demiurgo, jefe de los dionisianos... No es un hombre común, pero tampoco extraterrestre. Lo único realmente extraordinario de él es su poder para transformarse en ave.

-Eres obsesivo, Elías: esa historia ya nos deparó problemas en *Ecuanil*.

-Por favor, Licurgo: ¿cómo podría mentirte en un asunto tan serio?

-Pudiste alucinarlo.

-Pienso que Demiurgo igual domina la *inducción telepática*, pero cuando disparó contra mí experimentó auténticamente una metamorfosis...

-¿Era fidedigno tu testimonio inicial, cuando

planeábamos la defensa de Jonás en el hospital?

-Me parece descortés que dudes aún de mi lucidez.... No habrás sospechado que inventé esa historia para salvar a Jonás de la prisión, ¿verdad?

-Nunca dudé de la inocencia de Sofís: pero, juzgué fantástica tu versión confidencial. Tu amigo fue absuelto por falta de indicios que lo culparan.... Comprenderás que ningún juez toma decisiones fundamentadas en incidentes metafísicos...

La conversación quedó en suspenso: desde la puerta de acceso al establecimiento comercial donde nos proveíamos de víveres y licor vimos, absortos, el tumulto que se formó frente a la casa de la filosófica leyenda. Intrigados, corrimos hacia donde nos esperaban Corintia y Kristy.

XXI

Los turistas hospedados cerca de la casa de Licurgo comentaban, en voz alta, que un hombre joven derribó la puerta con un disparo de escopeta: apenas segundos más tarde se oyeron, consecutivas, dos detonaciones extras que provenían del interior de la residencia. Llegamos y escuchamos, desde la calle, gritos de mujer.

Flanqueados por cocodrilos, dos policías caminaban en derredor y fueron avisados por los turistas. Prácticamente pisándonos los pies, se apersonaron en la quinta.

Hallamos a Corintia empuñando la escopeta dionisiana que de Jonás heredé. A su lado Kristy sostenía entre sus brazos a Johanas. Ambas lucían en extremo nerviosas. El piso estaba manchado de sangre.

Un curioso entró apresuradamente y atestiguó que vio a un buitre salir por la puerta principal hacia la calle, luego de los disparos. Según él, volaba con dificultad.

-Otra vez un ave protagoniza un hecho violento -mirándome a los ojos, promulgó Luis Licurgo-. ¿No estaremos soñando?

Los guardabienes nos empujaron e intentaron echarnos de la casa, creyendo que eramos intrusos. Autoritariamente, cual suelen hacerlo los abogados, mi amigo exigió a las autoridades otro comportamiento. Luego se identificó con su credencial de hombre de leyes. Eso pensé. Los policías quedaron perplejos ante su carnet.

Nos abrazamos a nuestras mujeres. Kristy le dio a Luis a la pequeña Johanas quien, pese a su poquísima edad, pareció advertir el peligro y lloró en forma extraña. Corintia me cedió la escopeta.

-Fue horrible, Elías -confesó mi esposa-. Ese desgraciado pensó que no lo enfrentaría...

-¿Lo heriste? ¿Dónde? -investigué.

-En el hombro derecho. Casi instantáneamente se transformó en cóndor para huir en atropellado vuelo.

-Ve al baño con Kristy y dile que a los gendarmes contarán que un tipejo, armado con una escopeta, las atacó obligándolas a defenderse. Sin pericia, lograron lesionarlo forzándolo a escapar por la salida trasera. Hasta ese instante, nunca habían visto al gran carajo... ¿Entendido?

-Lo que decidas, Elías.

Corintia tomó a Kristy por un brazo y le suplicó que la acompañase al cuarto de baño. Luis notó que di instrucciones a mi esposa. Me pidió que saliera con él a la calle. Me entregó a Johanas mientras caminábamos. Los vigías seguían nuestros movimientos. Uno de ellos se dio a la tarea de envolver, cuidadosamente, las escopetas en

bolsas plásticas que portaban entre sus utensilios de uso frecuente. El otro hablaba sin cesar mediante su mini aparato transmisor.

Rápidamente narré a Licurgo la versión que sugerí a Corintia. No la objetó. En ese momento se estacionó frente a la residencia un carruaje, de cuyo interior descendieron más guardabienes que -a rolazos- despejaron la zona de los curiosos.

Molesto porque un policía lo empujó, de nuevo Luis extrajo su credencial y pude verla perfectamente. Era del Ministerio de la Defensa *(Oficina Regional para el Control de Fenómenos)*. Los agentes se disculparon.

-¿Por qué no me habías revelado que trabajabas para el Ministerio de la Defensa? -me quejé.

-Ese tema lo discutiremos mañana -parco, aseguró.

XXII

La turba de curiosos fue disuelta por los gendarmes que, al cabo de dos horas de estar hurgando huellas digitales u objetos extraños dentro y fuera de la casa, igual partieron.

No esperé al día siguiente para que Luis precipitara mi consternación al confesarme su misión: por su vinculación amistosa conmigo, fue oficiado por la *Dirección Nacional para el Control de Fenómenos* (DNCF) con el fin de ordenarle que me investigara. A juicio de funcionarios del *Ministerio de la Defensa*, yo era personaje clave en las averiguaciones policiales adelantadas con el propósito de esclarecer todo lo relacionado con Sofís.

-Soy tu amigo y he sido sincero contigo, Licurgo -balbucée-: ¿por qué aceptaste espiarme? -Yo habría cooperado sin problemas.

-En la milicia, existe lo que conocemos bajo el nombre de *obediencia debida* -se defendió Luis-: que no es sino el acatamiento incondicional a superiores órdenes.

En asuntos de inteligencia militar, el secreto es indispensable para la consecución del éxito.

Enfadado, informé a mi anfitrión que partiría esa noche a *Ecuanil*. Fui impulsivo, es cierto: pero, me sentía traicionado. Y, bajo esa circunstancia, no admitiría la rectitud de Licurgo. Utilicé los carísimos servicios de minicópteros para regresar con mi familia al *Estado de Los Córvidos*.

Por sugerencia de Luis, Corintia redactó y firmó un reportaje personal respecto a su violento encuentro con Demiurgo: el abogado y agente de la ORCF se encargaría de los detalles legales en *Pirrón* para -ulteriormente- transferir su declaración a jurisdicción ecuaniliana.

En apenas una hora arribamos a *Ecuanil* donde, diligentes, nos esperaban funcionarios del Ministerio de la Defensa. Presumo que Licurgo había transmitido la novedad de mi partida de *Píndaro*.

Era casi medianoche. Corintia y yo rechazamos la invitación de los señores para que los acompañásemos a la sede de la ORCF.

-Mañana, muy temprano, iremos a la *Oficina Regional para el Control de Fenómenos* -prometí-. Comprenderán que no podemos someter a nuestro bebé a trajines...

Los enviados de la ORCF fingieron marcharse. Tomamos un taxi de aeropuerto y fuimos al *Edificio Hipócrates*.

El alba sobrevino y me levanté. Me asomé por el balconcito del cuarto principal y vi, estacionado frente al edificio, el automóvil de los funcionarios que la noche

anterior nos interceptaron.

Corintia también despertó y se dedicó a cambiarle los pañales a Johanas. Yo decidí comunicarme telefónicamente con Luis:

-Licurgo, ¿eres tú? -interrumpí su sueño-. Me asedias con tu gente....

-Cálmate, Elías -semidormido, articuló-. Creí que fui explícito contigo en *Píndaro*. No tuve malas intenciones al investigarte... Ni siquiera la *DNCF* desea dañarte.

-¿Qué cosa, específicamente, querías saber sobre Sofís?

-La *DNCF* pretende obtener mayor información respecto a los dionisianos. Sabemos que existen Demiurgo, Disoluta, Baco y Mustia: todos, personajes centrales de una peligrosísima organización de *guerrilleros*... El *Ministerio de la Defensa* necesita datos precisos para la elaboración de un plan de trabajo militar alrededor de *Dionisia*. Invadiremos.

-¿Invadir? -Por Dios, Licurgo: ¿has dicho invadir?

-Sí: ¿qué ocurre?

XXIII

Me costaba creer que cuanto nos sucedía a Corintia y a mí adquiríese, súbitamente, dimensiones más reales: si la *DNCF* conocía la existencia de los dionisianos también el Presidente del *Continente Agraviado*.

Según Luis, el Presidente sugirió a la *Dirección Nacional para el Control de Fenómenos* emplear a la Tropa Especial de Asalto *(TEA)* para ejecutar la invasión. Integrada por hombres duramente entrenados para resistir y combatir en condiciones geográficas y climáticas difíciles, esa organización era muy temida por la población del *Continente Agraviado*. Era apéndice de la *DNCF*.

Los soldados de la *TEA* (aproximadamente un millón admitidos como tales) eran asesinos al servicio de la República de Repúblicas Agraviadas *(RRA)*: ni siquiera mercenarios o individuos pagados para combatir en cualquier parte y en favor de no importa qué territorios. No recibían remuneraciones, no se comunicaban con la gente común y sólo salían de sus cuarteles regionales para

cumplir misiones. En el *Estado de Los Córvidos* había 2.000 ecuanilianos adscritos a esa institución armada.

-Obviamente, me equivoqué al imaginarte traidor -me disculpé-. Después de lo que me has revelado, me siento torpe: ciertamente, es grave la *amenaza dionisiana* que nos apunta.

-Confía en mí otra vez, Elías -minimizó el incidente Luis Licurgo-. Cuenta todo lo que sabes a los funcionarios de la *Oficina Regional para el Control de Fenómenos*.... Será beneficioso para los ecuanilianos y, por qué no, para el resto de los habitantes de la *RRA*.

-Me preocupan esos planes de invasión, aun cuando apoyaría apriorísticamente las iniciativas armadas que surgieren contra *Dionisia*. Demiurgo es una criatura extraordinaria al mando de seres de origen sodomítico, profesos de algo que denominan *Thesaurus* y cuyos mandamientos y derechos son espeluznantes. Aparte de ello, no sé cuántos son capaces de experimentar -como el maestro, Disoluta, Baco o Mustia- metamorfosis hacia formas de existencia ventajosas...

-Enfrentaremos las contingencias. No te inquietes, fuimos arduamente preparados para la contienda.

-¿Irás a *Dionisia* con la *TEA?*

-Por supuesto que sí: igual tú...

-¿Para qué yo? -No sé pelear.

-No podrás evadir tu deber: serás consejero. No te enviarán al frente de guerra. Tampoco yo: viajaremos con el general Ricardo Watson, comandante de la *Tropa Especial de Asalto*, en su macróptero.

Cortamos el diálogo telefónico, me duché y vestí

de prisa. Pronto se esfumaron mis tormentos y dudas alrrededor del tema dionisiano: era absolutamente real la existencia de esos desgraciados, asesinos de Jonás Solís y tanta gente inocente. Salí a la calle.

Afuera vi abundante basura doméstica diseminada frente a los edificios vecinos del *Hipócrates*. Manadas de perros realengos deambulaban sin destino, en busca de alimentos desechados en los recipientes para desperdicios. Las ratas corrían salvándose del acecho de los gatos sin dueño. Hacía frío y el cielo lucía despejado.

Sorprendí a los espías de la *ORCF* acercándome sigilosamente a su *máquina de rodamiento*. Mostraban cansancio físico, más bien abatimiento. Pese a lo cual, estoy persuadido de que no durmieron ni un minuto durante la noche.

-Cooperaré -sonriente, aseveré-. Llévenme a la *Oficina Regional para el Control de Fenómenos*. Sin embargo, antes quiero invitarlos a desayunar allá...

Les señalé el rehabilitado *Bar, Restaurant y Cafetín Chiflado*.

XXIV

Fue -realmente- impresionante la invasión de la Tropa Especial de Asalto a *Dionisia:* 50 macrópteros de combate sobrevolaron al amanecer la meseta lanzando misiles, ráfagas de ametralladoras y granadas mientras la mayoría de los soldados se desplazaba a pie custodiada por tanques. Luis Licurgo, el general Ricardo Watson y yo ibámos juntos en uno de los fabulosos *macrópteros* blindados.

Durante media hora, no cesaron de disparar los soldados ecuanilianos sus bazucas y morteros. La insistencia era absurda porque el ataque no recibía correspondencia. Pensé que solo milagrosamente podría sobrevivir alguien bajo ese ininterrumpido e intenso despliegue bélico. Había en aquél episodio algo extraño: no aparecían -muertos o vivos- los guerrilleros del Demiurgo Rey.

Casi simultáneamente, todas las armas se apagaron. Los *macrópteros* descendieron, el humo se disipó y frente a nosotros surgió un paisaje desolador. La tierra dionisiana estaba llena de cráteres y el césped quemado.

Experimenté desasosiego al comprobar que fue perdido el esfuerzo: ningún enemigo cayó.

"-En ningún punto tomado hay resistencia -le comunicaron al general Watson mediante un minúsculo transmisor-receptor-. Nadie vive o ha muerto. Fuimos mal informados por la *ORCF*. Fotografiaremos y filmaremos la zona, comandante".

La *TEA* prácticamente plagó de proyectiles cada centímetro de la meseta. Iracundo, el general salió del aparato volador para dirigir la operación de rastreo y registro documental. Cautelosos, lo seguimos Licurgo y yo. Sus cuatro guardaespaldas nos miraban con sorna.

-¿Qué opinas? -me emplazó Luis.

-Déjame reflexionar -supliqué.

Ya completamente despejado el panorama, los camarógrafos y fotógrafos de la Tropa Especial de Asalto iniciaron su trabajo. Lentos, recorrían cada metro de *Dionisia* . No hallamos ni vestigios de las pirámides que solían fabricar la secta de Demiurgo.

Para desprestigiarnos aún más a Licurgo y a mí, un geógrafo de la *TEA* afirmó ante Watson que era improbable "que sobre aquellos vírgentes terrenos se hubiesen construído casas".

-En este sitio nunca hubo pobladores -nos desafío.

Luego de tres horas, presa del mal humor, el comandante ordenó el retiro de la tropa. Los *macrópteros* ascendieron nuevamente y los tanques se movilizaron. En

perfecta disciplina militar, los soldados marcharon hacia los camiones que los transportaron a *Dionisia*.

El general quiso regresar sin nosotros: nos atribuía, obviamente, la responsabilidad del fiasco. Abordó su *macróptero* y -a través de la ventanilla- miró a Luis en forma acusadora.

-El hijo de perro supura por los símbolos de su traje -disgustado y sosteniéndole la mirada, murmuró Licurgo-. *Sólo porque del cruce entre un canino y una meretriz desciende, le perdono su malacrianza...*

-¿Cómo te enteraste de que su madre fue una puta? -sonreído, inquirí.

-*Tiene cara de vagina por pagos maltratada.*

-Ja, ja, je.

Un soldado que conducía un vehículo de campaña se detuvo para decirnos que, siguiendo instrucciones del comandante, nos llevaría a *Ecuanil*. El ruido producido por las máquinas voladoras me hipnotizó.

Cuando retornábamos dirigí mis ojos al cielo y vi a cuatro cóndores volando hacia *Pirrón*.

XXV

Los diarios de *Ecuanil* no informaron sobre la invasión de la *TEA a Dionisia*, pero no hubo habitante que no escuchara las explosiones y los disparos. Me produjo consternación el silencio oficial y la estupidez de los ciudadanos al callar de terror.

6 meses más tarde Luis Licurgo fue expulsado de la Oficina Regional para el Control de Fenómenos. Me enteré mediante un escueto y castrense boletín de prensa publicado en el diario *El Gran Córvido.* La mirada del general Ricardo Watson materializaba su amenaza, finalmente. Al destituir a mi amigo, su reputación en la *República de Repúblicas Agraviadas* o Continente Agraviado era redimida. Esperó que transcurriera un tiempo prudencial para eliminarlo de la organización. Poder tenía de sobra: en la *ORCF* y *TEA* , fusionados, ostentaban el segundo cargo en importancia.

No sé si avergonzado, Luis se ocultó de sus amigos. Se mudó y difícilmente podíamos rastrearlo. Siempre que yo lograba algún dato valioso respecto a su

paradero, al llegar cerca de su morada era despistado por sus vecinos.

Un estudioso y crítico de nuestra obra literaria (la de Jonás, Corintia y mía), profesor universitario en *Pirrón,* con el cual mantuve excelentes relaciones durante la realización de su doctorado en *Ecuanil,* me invitó a su casa. Acepté de inmediato porque Corintia me había rogado que la sacase de la ciudad. Johanas estaba creciendo y bien le vendrían varios días de aire puro. Arturo Barrientos leyó en *Píndaro* las investigaciones que nos publicó la universidad ecuaniliana: *La Impalpable Hermafrodita* (Corintia), *El Tesoro Dionisiano* (mía) y *Los Falsos Ascetas* (Soffs).

Pocos días luego de la llamada de Barrientos, compré tres pasajes aéreos para el *Estado de Pirrón.* Preparamos maletas y llamamos, desde el *Edificio Hipócrates,* a un taxi.

Mientras recorríamos las calles de *Ecuanil* rumbo al aeropuerto, concluí que la vida en esa ciudad proseguiría eternamente sin alteraciones significativas. Rutinaria, hostil, mundana y cruenta, nos lastimaba. De no haber tenido una familia, me habría suicidado. ¿Por qué?.

-Mi situación era abstrusa: pude transformarme en ave, conocí un poblado llamado *Dionisia,* al desalmado Demiurgo y no hallaba forma de probarlo. Era angustiante, insufrible. Mis actividades intelectuales y Johanas, amada como ningún niño, no parecían suficiente motivos para olvidar el pasado inmediato.

-Deja que el decurso del tiempo borre de nuestras memorias a los dionisianos -intentaba persuadirme Corin-

tia-. Ya pasarán esos. Disfrutaremos del paseo al *Estado de Pirrón*....

Cuando sobrevolábamos las nubes pirronianas, a través de la ventanilla del avión creí ver a un enorme buitre con las facciones de Demiurgo. Los latidos de mi corazón aumentaron considerablemente y mi esposa me apretó la mano derecha con la suya. Johanas dormía.

-No era Demiurgo -me consoló mi compañera al divisar la pista de aterrizaje-. Tu mente proyecta tu desesperación, traducida en la imagen del peor entre los hombres que hemos conocido.

El moderno y poderoso aparato de la aviación comercial tocó piso y el capitán consiguió un impecable aterrizaje. Sus motores de *solar impulso* apenas si generaban ruidos.

XXVI

Corintia se había equivocado: sí fue Demiurgo a quien capté en el aire, a una altura superior de los 11 mil metros. Sonriente y al pie de la escalerilla del avión, lo vi de nuevo. Lo flanqueaban Disoluta, Baco, Mustia y Arturo Barrientos. Todos portaban esas peligrosas escopetas que los estigmatizaban.

-Estamos atrapados -susurré a Corintia-. Barrientos nos tendió una trampa. Quién lo imaginaría...

-Maldición -dijo mi esposa-. Ha vuelto la pesadilla.

-Son auténticos: míralos... Nos esperan.

El "maestro" me tomó por el brazo izquierdo, con fuerza. Disfrutaba apretándome con sus delgados y firmes dedos. El cañón de su arma apuntaba hacia mi cabeza y la de Johanas, a quien despertaron con sus voces. Temerosa, se aferró a mi cuello.

-¿Qué deseas de nosotros? -le pregunté-. ¿Qué te obsesiona de un par de indefensos seres humanos?

-*El Hombre aprende a ser culpable* -filosofó mi

interlocutor-. *No importa cuán benevolentes sean sus acciones: se hace bíblico y los dionisianos, atentos al* Thesaurus, *debemos purgar al Universo de los impíos...* Eres culpable y serás ajusticiado.

-¿Culpable sólo por haber rechazado la iniciación demiurgoniana?

-Los dionisianos somos los elegidos por Los Impalpables. Tenías que claudicar frente a mis deseos y admitir el *Thesaurus*.

-Soy libre para escoger una religión.

-Ninguna criatura viviente es libre.

-Qué harás con mi familia? -¿También morirán Corintia y Johanas?.

-Johanas será dionisiana y matará a tu esposa antes de cumplir los 8 años.

-Estas loco, Demiurgo: tu gente morirá por manos de la *TEA*. Ya no cuentas con un territorio para instalar a tu pueblo.

-Dionisia se ha trasladado al *Estado de Pirrón*. Poco a poco dominaremos a cada una de las repúblicas del *Continente Agraviado*. Ni la *ORCF, TEA* o Fuerzas Armadas Continentales *(FAC)* podrán detenerme.

Al salir del aeropuerto pirroniano fuimos custodiados por aproximadamente 60 milicianos. Demiurgo me señaló a un grupo de 30 niños (cuyas edades oscilaban entre los 5 y 7 años) que golpeaban a sus resignadas madres con palos, en un lugar cualquiera del estacionamiento.

-Las castigan porque les quitaron la libertad otorgándoles existencia -refirió Demiurgo.

-Tendré que pensar que eres un verdadero sabio

-Ironicé-. Ellas nada arrebataron a sus primogénitos porque precisamente no existían. Tú has dicho que "ninguna criatura viviente es libre", pero, has proferido una falacia al establecer que una mujer quita algo a quien no era. Imbécil.

El "maestro" me propinó un moderado golpe en la cabeza con el cañón de su escopeta. Después de lo cual, adujo:

-Si fuese cierto que *nada de la nada surge*, como sustuvo Epicuro, *alguna cosa eran esos niños y no pagaban penitencia mortal...*

Un carruaje piloteado por un dionisiano nos recogió para llevarnos a *Píndaro*, donde nos confinarían. Corintia había enmudecido. En cada esquina vi a más de dos «guerrilleros», cual los definían los funcionarios de la *ONCF*.

Pregunté a Demiurgo cuándo tomaron *Pirrón*. No obtuve respuesta.

XXVII

Demiurgo le comunicó a Disoluta que deseaba recluirnos en el *Hotel Principal Píndaro:* lugar donde, estratégicamente, fijaron un improvisado *Cuartel General Dionisiano.*

Era lógico suponer que la ocupación se había realizado recientemente, ello puesto que la noticia de la intervención armada del "maestro" no circulaba todavía en *Ecuanil.* Numerosos turistas continuaban llegando al *Estado de Pirrón* para caer, sin resistencia posible, en manos de los milicianos de Demiurgo: quienes, luego de aprehenderlos, les quitaban sus pertenencias y los trasladaban a *Playa Bahía.* Allá abusaban sexualmente de los detenidos.

También en *Playa Bahía* los aventajados instalaron laboratorios portátiles para experimentar con los cuerpos de los detenidos: les extraían sus órganos vitales para transplantárselos a distintos animales o viceversa.

Fuimos llevados a una espaciosa y equipada habitación del *Hotel Principal Píndaro,* según las instruc-

ciones del "maestro". Inesperadamente, nuestro cautiverio no sería tan incómodo.

Johanas tenía hambre. Por fin, Corintia habló:

-¿Qué haremos, Elías? -enunció.

-No sé -fui parco-. Estoy ofuscado...

Corintia levantó el teléfono y llamó a recepción. Solicitó que nos enviasen tres almuerzos: "La especialidad que exhibiese la casa". Yo me sentía mal. De repente recordé a Luis Licurgo, su residencia en Pirrón y la leyenda en el umbral: *"Quise ser un saddhú y en la ignorancia me consagré"*. Similar al viejo Raúl Licurgo, igual en la ignorancia me consagraba al verme atrapado en una pesadilla sin fin.

Cual si le hubiese transmitido mis reflexiones, mi esposa me miró a los ojos para proferir: -¿Dónde estarán Kristy y Luis Licurgo?

Alguien tocó una sola vez el timbre del habitáculo, el número 38. Era Mustia, mujer de inigualable belleza y encanto. Le pedí que entrara:

-Les he traído pócima -artículó-. Demiurgo quiere que beban el contenido de estas botellas. Más tarde los visitará: él espera que estén bien atendidos en el hotel.

-No deseamos droga -rechacé.

-No es conveniente que Demiurgo se enfurezca con ustedes. Deben beber... Si no lo hacen lo sabrá al verlos: traten de complacerlo....

-¡No tomaré droga! -gritó Corintia, levantándose abruptamente de la cama donde reposaba con Johanas-. ¡Díselo al imbécil que llaman Demiurgo Rey!.

Suavemente, empujé a Mustia hacia el pasillo

externo. Me dio los recipientes que contenían pócima y marchó. Cerré la puerta y miré con sorna a mi compañera. Ante lo cual, ella reaccionó golpeándome sucesivas veces el rostro y la cabeza. Enloquecida, después se aporreó con sus manos la cara hasta cuando logré calmarla introduciéndola en la ducha.

Antes, nunca la ví tan fuera de sus cabales. Ello empeoró mi depresión. Johanas estaba presa del llanto. Me hallé en la obligación de meterla bajo la regadera, junto a su madre. Fue efectivo mi antídoto: ambas pasaron de la historia a la alegría.

Sonó de nuevo el timbre: era un mozo. Nos traía los almuerzos que la víspera pidió Corintia. Olían muy bien. Coloqué los desechables platos encima de la mesita, activé el televisor y anuncié a mis chicas que la comida las esperaba.

evitar que las mujeres murieran y fueron, sin piedad, ejecutados por los milicianos con sus rústicas escopetas. El griterío alarmó a Johanas quien, ágilmente, corrió para ocultarse bajo la cama.

Los soldados de Demiurgo detuvieron de improviso a una pareja no dionisiana que caminaba, aterrada, frente a un supermercado. Iba en compañía de niños de aproximadamente 5, 6 y 7 años. Separaron a los pequeños de sus asustados padres y uno de los milicianos agarró a la dama por el brazo izquierdo. Le pateó el trasero con fuerza, tumbándola.

Los hermanitos fueron conminados a pegarles a su progenitora: *«Mátenla porque los ha engendrado para que habitasen un abominable mundo»* -azuzaban-. Paralizados de miedo, los muchachitos lloraban.

apuntándolos con sus escopetas, los milicianos prosiguieron intimidándolos: *«-El thesaurus lo manda: todo niño mayor de 5 años asesinará a su madre»*.

Varios aventajados surgieron y recordaron a los siervos comunes que ese mandamiento sólo correspondía a los dionisianos. Súbitamente, hubo silencio. Aparecieron Disoluta y Baco. Realizaron un "juicio de excepción" a los milicianos y los declararon culpables de traicionar el *Thesaurus* . Seguidamente desarmaron a los incitadores y los fusilaron ante sus amigos y los transeúntes.

Yo elegí beber la pócima. Me serví en vaso el contenido total del recipiente que me correspondía. Sin pensarlo más, rápido, cual si se tratase de una cerveza fría, ingerí. Era sabrosa. quizá demasiado.

Perpleja, Corintia observó cómo me la tomaba.

Su mirada simple se transformó en escrutación.

-¿Por qué has bebido la pócima? -disgustada, indagó.

A los 5 minutos sentí un plácido calor en el cerebro. Mis dientes parecían de acero, mi visión fue superior a la de un águila y lo circundante adquirió vivacidad y exactas dimensiones. Cada ángulo y volumen eran indiscutibles, rigurosamente dictados por el conocimiento.

Mis angustias desaparecieron, e igual mis malestares físicos (cansancio, dolor de cabeza). Experimenté la sensación de que mi mente se abría a lo inexplicable.

Corintia reincidió violentamente contra mí hiriéndome en la espalda con el cuchillo que usó para comer: justo en el instante cuando Baco entraba al habitáculo sin tocar. No esquivé a mi mujer ni tuve volición para impedir que me lastimara.

XXIX

Me hallé súbitamente desnudo y de mi -todavía erguido- pene brotaban gotitas de sémen. Corintia también se mostraba desnuda mientras los milicianos que acompañaban a Baco la apresaban. En mi mente, el sonido de infinitas y microscópicas campanas avivaba mis deseos de *falotrarla* múltiples veces.

Los dionisianos la sacaron de la habitación. Mis cavilaciones eran momentáneamente ininteligibles:

«-El maestro ha eyaculado -inclinando la cerviz y en coro, cantaban los milicianos en el corredor-. *Alabado sea Demiurgo, el Pródigo Hijo de la Hermafrodita Impalpable».*

Los despedí, cerré la puerta y durante indeterminados minutos permanecí bajo estado hipnótico. Al despertar solo vi un mono y una escopeta encima de la cama.

Me puse el traje y caminé hasta el baño donde, apresurado, me miré al espejo: mis facciones eran las del "maestro". No tuve tiempo para dilucidar cuanto ocurría:

una fortísima alarma sonó y cundió el pánico entre los moradores de *Píndaro*. Dejé la habitación y advertí el atropellado desplazamiento de los milicianos hacia la parte inferior del hotel, mediante las escaleras y los *claustromóviles*.

Baco reapareció ante mi cuando alcancé la planta baja para enterarme:

-¿Qué haremos, Demiurgo? -angustiado, me interrogó.

-No me has dicho qué sucede -repliqué.

-Los ecuanilianos están invadiéndonos con tropas de paracaidistas. Por otra parte, se acercan innumerables macrópteros a Píndaro...

-Quiero verlos.

Ya fuera de la edificación hotelera comprobé, ayudado por un potente binocular, que Baco no mentía: más de mil paracaidistas descendían lentamente. Los milicianos difícilmente les disparaban porque los *macrópteros* sobrevolaban sus cabezas lanzando misiles. Pronto me rodearon Disoluta y Mustia. La primera me dío su arma:

-*Combatiremos* -exaltado, promulgué-. *No podrán vencernos*.

En la calle los pindarianos corrían horrorizados de un lugar a otro, en busca de refugio.

-Tengo miedo, maestro -me confesó Mustia-. Nos superan.

El ataque ecuaniliano ostentaba una insospechada precisión. Sin embargo, ordené a mis hombres que combatieran. No habría rendición.

-Haré que capitulen y los obligaré a lamer mis sexos -profetizaba Disoluta, presa de la histeria-. *Experimentaré ininterrumpidos orgasmos y no seré fecundada: a este abominable mundo, hijos nunca daré.... Gobernaré sin fin junto a ti, Demiurgo Rey.*

Pronunció el vocablo *rey* y me miró con indescriptible dulzura. Su espléndido cuerpo imitaba la *danza serpentina* del dragón cuya muerte decretara *Buda,* en un intento por iluminar a quienes siguen el camino del *zen.*

En aquellos momentos, la realidad no admitía la respuesta budista caracterizada por la inacción: por aire y tierra, los bien preparados y aguerridos miembros de la *TEA* venían dispuestos a exterminarnos.

Los dionisianos caían por doquier, mutilados, acribillados y completamente destrozados algunos. Pero, detonaban sus escopetas para honorablemente morir en contienda.

XXX

Luis Licurgo me abofeteaba firmemente, tratando de reanimarme. Entreabrí los párpados y vi sus bigotes. A su lado estaba el general Ricardo Watson. Me incorporé y miré por la ventanilla del *macróptero* en el cual sobrevolábamos *Píndaro*. Mis oídos captaban el estrépito producido por una batalla tremenda.

-Rescataremos a Corintia y Johanas con vida dándome palmadas en el hombro, murmuraba Licurgo-. No te inquietes.

Los dionisianos se desplomaban frente a la acción de los soldados de la *Tropa Especial de Asalto,* quienes sanguinariamente los remataban decapitándolos con corvos cuchillos. Vi al cuarteto integrado por Demiurgo, Disoluta, Baco y Mustia disparar sus escopetas contra nuestro *macróptero* cuando descendíamos en derredor del *Hotel Principal*. Nada dije al general Watson o Licurgo.

-Los paracaidistas tomaron todas las posiciones y apenas si resistían varios dionisianos. Salimos del

macróptero tras el comandante Ricardo Watson y escuchamos esporádicos disparos de escopeta.

-Luis, necesito hablarte privadamente -revelé a mi amigo al caminar tras él por encima de los muertos-. No recuerdo cómo ni cuándo llegué al *Cuartel General de la TEA*....

-Un funcionario de la *Organización Regional para el Control de Fenómenos* te encontró inconsciente, tirado al pie del *Edificio Hipócrates* -sonreído, disertó el abogado-. Alguien debió herirte en el cuello con un cuchillo.... Sucedió hoy, poco después del mediodía...

-¿Por qué mis vecinos no me auxiliaron?

-Creyeron que yacías muerto. Fuiste trasladado por nuestro hombre a la sede del Cuartel General donde limpiamos tu herida y te aplicamos curas. El comandante Watson ordenó que te trajésemos... Eres la única persona que puede identificar a Demiurgo.

Sorpresivamente, un dionisiano surgió frente a Licurgo y -sin vacilación- le disparó dos cargas consecutivas de su escopeta. El general giró su cuerpo, vio al miliciano y lo abatió con su pistola automática.

Me incliné y tomé por los brazos a Luis: comprendí que había entrado en la muerte. Me puse trémulo, solté la subametralladora que me asignó el comandante y pesadamente caí arrodillado. Me dolía el pecho.

El comandante de la *TEA* me ayudó a levantarme y pidió a uno de sus guardaespaldas que me llevara al *macróptero*, donde me atendieron dos médicos asignados a Watson.

-Trate de sobreponerse al incidente -me instó el

jefe-. Reconocerá a Demiurgo luego de que "limpiemos la zona"...

-Busque a un tipejo vestido de blanco -sugerí-. De cualquier forma, no se haga ilusiones: el "maestro" tiene los poderes de un *saddhú*...

-¿Bromea Ud.?

-No he afirmado que sea un *saddhú*, pero puede realizar cosas difícilmente admisibles por quienes somos racionales... Tenga cuidado.

Subí al *macróptero* por mis propios medios. Más tarde introdujeron al aparato el cuerpo de Luis Licurgo, envuelto en una negra y plástica bolsa.

Los médicos auscultaron los latidos de mi corazón y me diagnosticaron taquicardia. Me inyectaron un sedante intravenoso. Lo cual me recuperó inmediatamente.

-*La República de Repúblicas Agraviadas* ha perdido a un ciudadano casi insustituíble -sentenció uno de los galenos al examinar el cadáver de Luis.

XXXI

En el antiguo y comercial aeropuerto de *Ecuanil*, convertido por decreto del Presidente Lóngevo Brumancea Candenceae en zona militar, nos esperaban numerosos corresponsales de guerra. Diarios, revistas, radioemisoras y televisoras nacionales y extranjeras los habían enviado para hacerle un seguimiento a la famosa *TEA* . Su ausencia de la ciudad suscitó lo imaginable: se rumoreaba en la *RRA* que Watson combatía a un grupo de subversivos denominado *«Los Demiurgonianos»*, en un no precisado lugar próximo a *Ecuanil*.

15 días permanecí en *Pirrón* con la *Tropa Especial de Asalto*, bajo las estrictas órdenes del comandante Watson: quien, hasta no eliminar al que creyó el último de los dionisianos, no decidió nuestro retorno.

El general Ricardo Watson triunfó parcialmente en el *Estado de Pirrón*. Nunca halló a los que calificaba *líderes guerrilleros:* Demiurgo, Disoluta, Baco y Mustia. Tampoco yo tuve la dicha o resignación de ver vivas o muertas a Corintia y Johanas. Sin pausa, revisé los prob-

ables cautiverios elegidos por Demiurgo para mi familia. Examiné cadáveres y perseguí transeúntes que me recordaban a mi esposa.

En *Píndaro*, Watson me confió asuntos importantes y de interés militar. Por ejemplo: -me explicó que la destitución de Licurgo fue una maniobra de inteligencia ideada por él, con el propósito de que Demiurgo intentara reclutarlo. Luis -efectivamente- Fingió adherirse al «maestro» cuando lo buscó con fines estratégicos.

Inagotablemente, me he preguntado qué impulsó a un demente como Demiurgo suponer que tomaría mediante las armas el poder en el *Continente Agraviado*. Hombre de admirable inteligencia y dotado de magnetismo personal, pudo encauzar su talento hacia cualquier área del conocimiento y tener éxito. Es evidente. Pero, transformó sus obsesiones en un *Thesaurus:* a sus discípulos en seres desalmados y logró intimidar a Lóngevo Brumanceae Candenceae.

El comandante dio instrucciones a sus esclavos para que impidieran el acoso de los comunicadores sociales, a los que no respetaba y definía «plaga». «-Si odio a los periodistas es por la misma causa por la cual ejecuto coránicamente varias abluciones a mi cuerpo luego de la defecación» -solía expresar a sus amigos».

-Ellos dicen que informar es un «sagrado derecho» - añadía-. *Empero, ante una efigie religiosa Hércules sostuvo que* «nil sacris es».

En la sede de la *Organización Nacional para el Control de Fenómenos*, Ricardo Watson fue un sobresaliente alumno: provechosamente, estudió Teología, Li-

teraturas Clásicas, Filosofía y Lenguas Antiguas. Pero, era intelectualmente frío: nada piadoso, pragmático, disciplinado.

Durante el viaje de regreso a *Ecuanil* en *macróptero*, le hablé del *Thesaurus:* de sus mandamientos y obsequios. No disimuló su fascinación por el mundo demiurgoniano.

Eludimos a la «plaga» y fui conducido en un automóvil de campaña hasta el *Edificio Hipócrates*. Exageradamente armados, dos soldados de la *TEA* me escoltaron en el pequeño vehículo que recorría las hermosas avenidas ecuanilianas.

Gracias a mi hábito de mirar constantemente el cielo, advertí a 6 buitres volando rumbo a territorio dionisiano. Como se desplazaban a exigua altura, pedí en préstamo un fusil a uno de los escoltas y les disparé presa de la ira.

XXXII

Al ocaso de un día que la memoria de los hombres no registró en pergamino, casi dos centenares de mujeres fueron violadas por animales en el *Estado de Los Córvidos*. Cuentan los ancianos ecuanilianos que vieron cómo manadas de águilas, buitres, puercos, coyotes y reptiles allanaron la ciudad y sometieron violentamente a las damas.

Fueron estupros simultáneos, cual si los dictase el *Ente Divino y Perverso* que las escrituras bíblicas anuncian regresará para ser declarado *Mesías*.

«*Vimos a un enjambre de cóndores acorralar a cuatro chicas en el centro de Ecuanil* -con voz apagada de vejez, narraban los seniles-. *Con sus picos desgarraron sus vestiduras e inmediatamente -emitiendo terroríficos chillidos- las falotraron. Entre sus patas pendían miembros similares a los nuestros*».

Lóngevo Brumanceae Candenceae ya gobernaba la *República de Repúblicas Agraviadas*, magistratura mediante golpe militar coronada. Reunió a los represen-

tantes civiles de los poderes adicionales (el *Religioso, Financiero y Académico)* y los emplazó para que acallasen las informaciones.

Los cardenales o embajádores del Papa a sus fieles dijeron que no siempre fidedignas son las imágenes que nuestros ojos captan: -*«Debéis rezar por el advenimiento del auténtico Mesías»* -predicaban a sus feligreses.

Los ricos, dueños de los medios de comunicación privados, ordenaron a sus empleados no difundir noticias de naturaleza inexplicable: *«-Quien redacte o imprima los sucesos por el Ente Divino y Perverso provocados será destituido y entregado a la Oficina Nacional para el Control de Fenómenos»* -amenazaban.

Los científicos transmitían a sus discípulos y éstos a sus alumnos que Berkeley tuvo razón al enunciar que «fuera de los sentidos ninguna cosa existe»: *«-No puede ser cierto que la materia se hace infinita a la velocidad de la luz, einsteinianamente* -aseveraban-. *Equivaldría a suponer verdadera la capacidad de los saddhúes para expandirse (Mahima) o transformarse en átomo (Anima), base del Yug-Yoga-Yoghismo»*.

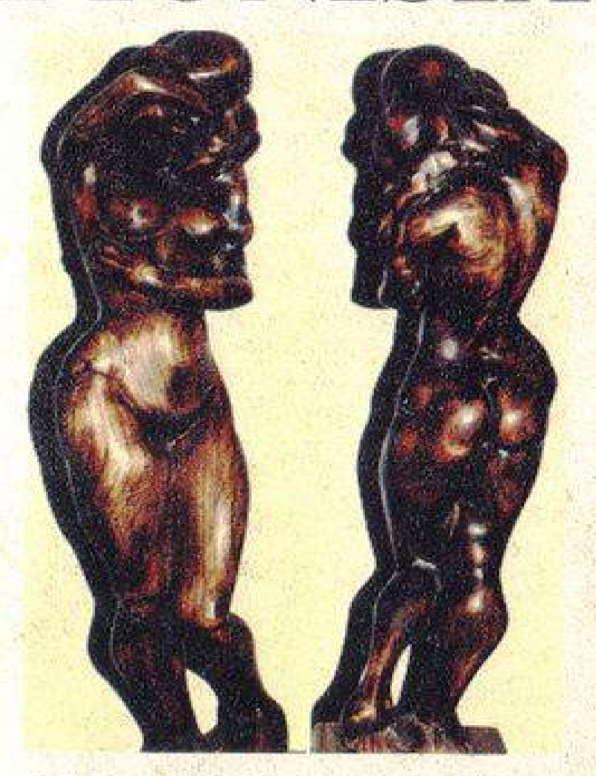
El Presidente de la *RRA* empleó a los mejores funcionarios de inteligencia militar (adscritos a la *ONCF)* para investigar cuáles mujeres ecuanilianas fueron inseminadas por los enloquecidos y salvajes animales echados a la ciudad por el *Ente Divino y Perverso*.

Las autoridades cerraron las fronteras, prohibieron los vuelos comerciales y casa por casa -durante semanas- en compañía de forenses y bioanalistas pesqui-

saron. Popularmente se aseguraba que las violadas fueron sacrificadas «con propósitos de enmienda».

Alberto Jiménez Ure

DIONISIA



Universidad de Los Andes
Consejo de Publicaciones
1993



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
MERIDA VENEZUELA